

## Sumario

*El autor nos presenta las características del proyecto pedagógico de Jesús en su misión redentora, como fundamento para una teología de la educación. A través de una mirada sistemática de los evangelios, se nos descubren las palabras y obras de Jesús Maestro y la forma como metodológicamente, en su contexto socio-religioso y cultural, fue enseñando lo que significaba la presencia del Reino de Dios entre los hombres.*

# **Jesús, el Maestro. Algunos aportes para una Teología de la Educación**

**Mario L. Peresson Tonelli, sdb**

## 1. Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor” y decís bien, porque lo soy (Jn 13, 13)

La acción catequística, como proceso educativo de la fe, y la práctica educativa de los cristianos a lo largo de los siglos, han llevado, tanto a catequistas como educadores, a acercarse a la Sagrada Escritura, para descubrir y comprender la Pedagogía de Dios y particularmente la Pedagogía de Jesús, como un paradigma que pueda inspirar, orientar y cualificar, desde la fe, la propias prácticas.

Ha habido una constante búsqueda y aproximación a los Evangelios en este sentido, para comprender a Jesús como Maestro y Educador, con el fin de plantear, desde el discipulado y el seguimiento, la identidad del educador cristiano y los componentes de su espiritualidad.

Conscientes de la vastedad del argumento, queremos plantear en este artículo una sencilla aproximación a la práctica educativa de Jesús, que pueda iluminar y vitalizar espiritualmente nuestro que-hacer educativo.

### 1.1. JESÚS, EL MAESTRO

#### a. *Jesús es llamado “Maestro”*

Al aproximarnos a los Evangelios, y en particular a los Evangelios sinópticos, llama la atención, y hasta causa sorpresa, que el verbo *enseñar*, instruir o formar, en griego διδάσκω, aparece unas 100 veces, generalmente refiriéndose a la actividad de Jesús; igualmente el sustantivo *maestro*, ἐπιστάτης se halla numerosas veces, la mayor parte de ellas aplicado a Jesús.

Correlativo al título de maestro está el sustantivo *discípulo* o escolar, en griego μαθητής, dado a los seguidores de Jesús.

Además de las referencias en las que se llama a Jesús “Maestro”, hay que tener en cuenta otras en las que se dirigen a El como επιστάτης, palabra griega que puede traducirse también por “maestro”, en el sentido de “conocedor, perito, instructor” (Lc 5,5; 8, 24; 8, 45; 9, 33; 9, 49; 17, 13) que asigna a los discípulos su trabajo y supervisa la ejecución.

**b. También se dirigen a Jesús como Rabbí o “Rabbuni”**

El título honorífico de “Rabbí”, que en hebreo significa literalmente “mi mayor”, era una denominación respetuosa, que los discípulos usaban para dirigirse a su *maestro*. Juan lo asocia y traduce por “maestro”. A los discípulos de Juan que lo siguen, Jesús les dice: “¿Qué buscáis?” Ellos le respondieron: “Rabbí”, *que quiere decir, “Maestro”*, “¿Dónde vives?” (Jn 1, 38; 20, 16). Por su parte Jesús advierte a sus discípulos que no se dejen llamar “Rabbí”: “Vosotros, en cambio no os dejéis llamar “Rabbí”, porque *uno solo es vuestro maestro*, y vosotros sois todos hermanos” (Mt 23, 7-8).

En los Evangelios sinópticos, sólo Pedro (Mc 9, 5; M 11, 21) y Judas (Mt 26, 25; 26, 49 y par.) saludan a Jesús de este modo. Juan, sin embargo, usa este título con más frecuencia (1, 38: los dos discípulos de Juan el Bautista; 1, 49: Natanael; 3, 2: Nicodemo; 4, 31; 6, 25; 9, 2; 11, 8: los discípulos de Jesús; 20, 16: María Magdalena).

Se destaca, con todo, que la palabra usada en Jn 20, 16 por María Magdalena es la de “Rabbuní”, forma aramea más enfática y solemne que se puede traducir por “mi maestro”. Igualmente el ciego de Jericó ruega a Jesús: “Rabbuní, que vea!” (Mc 10, 51).

También los discípulos de Juan el Bautista se dirigen a él de ésta manera (Jn 3, 26).

**c. Quiénes llaman “Maestro” a Jesús**

Se dirigen a Jesús como Maestro personas de todos los grupos sociales y con intenciones y sentidos muy diferentes; no sólo sus

amigos y discípulos, sino también gente pagana, y además los escribas, los fariseos y otras personas enfrentadas a él. Basta repasar las citas correspondientes a los Evangelios sinópticos y al Evangelio de Juan para comprobarlo:

- El reconocimiento de Maestro le es conferido a Jesús, *en primer lugar*, por los discípulos:

- Mc 4, 38. En una situación tan angustiante como la crisis del lago, le dijeron: “¿Maestro no te importa que perezcamos?”.

En Mt 8, 25: κύριος y en Lc 8, 24: 'επιστάτης'.

- Mc 10, 35: Se le acercaron a él Santiago y Juan y le dijeron: “Maestro, queremos que nos concedas lo que te pedimos: Concédenos que nos sentemos, el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda, cuando estés en tu gloria”.

- Mc 13, 1: “Al salir del templo, le dice uno de sus discípulos: “Maestro, mira que piedras y qué construcciones!”.

- Lc 5, 5: Simón le respondió: “Maestro, hemos estado trabajando toda la noche y no hemos pescado nada; pero en tu palabra echaré las redes”.

Cfr. Mt 8, 19; Lc 7, 40.

- También sus adversarios, irónica y capsiosamente lo llaman “Maestro”:

- Mt 22, 15-17. Los *herodianos* y los *fariseos* deliberaron sobre la forma de sorprenderle en alguna palabra. Le envían sus discípulos a decir: “Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas el camino de Dios con franqueza, y que no te importa de nadie, porque no miras la

---

<sup>1</sup> Cfr. Mt 12, 38; Nótese los tres modos con que Pedro se dirige a Jesús: en la Transfiguración: κύριος (Mt 17, 4), ραββι (Mc 9, 5) y επιστάτης Lc 9, 33.

condición de las personas. Dínos, pues, qué te parece: ¿Es lícito pagar tributo al César o no?" (cfr. Mc 12, 14; Lc 20, 21).

- v. 23: Se le acercaron unos *saduceos*, esos que niegan la resurrección y le preguntaron: "Maestro", Moisés dijo: Si alguno muriese sin tener hijos, su hermano se casará con la viuda para darle un hijo y si los siete hermanos que tenía mueren lo mismo, "en la resurrección, pues, de ¿cuál de los siete hermanos será esposa esta mujer?" (cfr. Mc 12, 19; Lc 20, 28, 39).
- v. 34: Más los *fariseos* al enterarse que había tapado la boca a los saduceos, se reunieron en grupo, y uno de ellos le preguntó con ánimo de ponerle a prueba: "Maestro, ¿cuál es el mandamiento mayor de la ley?" (cfr. Mc 12, 32).
- Lc 11, 45-54 Uno de los *legistas*, al escuchar las diatribas de Jesús contra los fariseos lo increpó diciendo: "Maestro, diciendo estas cosas, ¡también nos injurias a nosotros!".
- Lc 19, 39: "Algunos de los *fariseos* que estaban entre la gente, cuando entraba Jesús en Jerusalén, le dijeron: "Maestro, reprende a tus discípulos".
- Mt 9, 11 Los *fariseos*, al ver a Jesús sentado a la mesa en casa de Mateo dijeron a los discípulos "¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores?".
- Mt 17, 24 Los que cobraban la didracma se acercaron a Pedro y le dijeron: "¿No paga vuestro Maestro la didracma?"
- También se dirigen a Jesús como "*Maestro*" quienes quieren seguirlo, según la costumbre entre los judíos, en tiempo de Jesús, que el discípulo escogía al maestro.
- Mt 19, 16: Se acercó uno y le dijo: "Maestro, ¿qué he de hacer yo de bueno para conseguir la vida eterna?" (Mc 10, 17, 20; Lc 10, 25; Lc 18, 18).

- Mt 8, 19: Se le acercó un escriba y le dijo: "Maestro, te seguiré a donde quiera que vayas".

• Jesús es llamado también "Maestro" por la gente de la multitud:

- Mc 9, 17: "Uno de entre la gente dijo a Jesús: "Maestro, te traigo a mi hijo que tiene un espíritu mudo..."

- Mc 5, 35: "Estaba todavía hablando el jefe de la sinagoga cuando llegan unos diciendo: "Tu hija ha muerto, ¿a qué molestar ya al maestro?" (Lc 8, 49).

- Lc 9, 38: Cuando bajaron del monte de la transfiguración, les salió al encuentro muchísima gente. Un hombre de entre la multitud empezó a gritar: "Maestro, te pido que mires a mi hijo... porque un espíritu se apoderó de él".

- Lc 12, 13: "Uno de la gente le dijo: "Maestro, di a mi hermano que reparta la herencia conmigo".

#### **d. Jesús mismo se presenta como Maestro**

No sólo los otros (discípulos, opositores, la gente) llaman "Maestro" a Jesús, sino que también El se denominaba a sí mismo como Maestro.

- Jesús dijo: "Id a la ciudad, a casa de fulano, y decidle: "El Maestro dice: Mi tiempo está cerca, voy a celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos". (Lc 22, 11; Mc 14, 14; Mt 26, 18; Mt 26, 18).

- "Vosotros no os dejéis llamar "Rabbi", porque uno sólo es vuestro Maestro; y vosotros todos sois hermanos" (Mt 23, 8).

- Encontramos el hermoso pasaje de la última cena en la que Jesús nos da la gran enseñanza del servicio, virtud propia de El como Maestro: "Vosotros me llamáis el "Maestro" y el "Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo el Señor y

el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros” (Jn 13, 15).

## 1.2. Ser maestro en el contexto judío, en tiempos de Jesús

No podemos comprender el alcance y sentido del apelativo que daban a Jesús como “Maestro” a partir del significado que tiene entre nosotros, sino que es necesario indagar quiénes eran y a quiénes se llamaban maestros, Rabbí, en tiempos de Jesús y preguntarnos si Jesús se identificaba plenamente con esa categoría social, la de los “maestros” en Israel, o si, por el contrario, él representaba una ruptura frente a la manera como se entendía ser maestro en el contexto judío.

Joaquín Jeremías en su documentadísima e insustituible obra “Jérusalem au temps de Jésus”<sup>2</sup>, nos ofrece elementos valiosísimos para nuestro propósito. En ella nos inspiramos en los párrafos siguientes.

Al lado de la antigua clase superior constituida por la nobleza hereditaria sacerdotal y laica, se había formado, en los últimos siglos antes de nuestra era, una nueva clase superior: la de los escribas y maestros de la ley. En el siglo primero de nuestra era, en tiempos de Jesús, hasta la destrucción del Templo de Jerusalén en el año 70, se agudizó hasta el paroxismo la lucha entre la antigua clase superior y la nueva, inclinándose la balanza a favor de esta última. ¿Cómo fue posible este cambio de tendencia? ¿En qué círculos de la sociedad se reclutaba la nueva clase superior? ¿En qué se basaba el poder y el prestigio de este grupo para entrar a competir con la nobleza hereditaria que estaba en el poder desde hacía tiempo?

Para responder a estos interrogantes es necesario, como lo señala J. examinar la corporación de los escribas de Jerusalén. Si buscamos su origen, encontramos que este grupo presenta una imagen abigarrada. En Jerusalén hasta el año 70 d.C. se constató la

<sup>2</sup> *Les Editions du Cerf*, París, 1967.

existencia de un gran número de sacerdotes con una formación de escribas. Al lado de los miembros de la aristocracia sacerdotal, simples sacerdotes llevaban la túnica propia de los escribas.

Además, había escribas provenientes de las familias patricias que elaboraron la tradición saducea.

Había también gentes provenientes de las otras capas sociales del pueblo. Estos constituían, de acuerdo con su profesión, un cuadro muy variado.

Su saber era lo único que le daba poder a los escribas. Quien quería vincularse a la corporación de los escribas por la ordenación, tenía que recorrer un ciclo de estudios regular de varios años. El joven israelita que deseaba consagrar su vida a la profesión de escriba, comenzaba el ciclo de su formación como alumno (*Talmîd*).

El alumno se situaba en relación personal con su maestro, escuchando su enseñanza. Cuando había aprendido a dominar toda la materia tradicional al punto de estar en capacidad de tomar decisiones personales en las cuestiones de legislación religiosa y de derecho penal, llegaba a ser “doctor no ordenado” (*talmîd hakam*). Sólo cuando llegaba a la edad canónica para la ordenación, fijada en los 40 años, podía por la ordenación (*semikah*) ser recibido en la corporación de escribas como miembro con pleno derecho, como “doctor ordenado” (*hakam*). De ahí en adelante estaba autorizado para dirimir por sí sólo las cuestiones de legislación religiosa y ritual, ser juez en los procesos criminales y sentenciar juicio en los procesos civiles, ya sea como miembro de una corte de justicia, ya sea individualmente.

Los escribas tenían el derecho de que los llamaran *Rabbî*, título que ya usaban en los tiempos de Jesús.

562

Sólo los doctores ordenados transmitían y creaban *la tradición* derivada de la Torá que, según la enseñanza de los fariseos recibida por la masa del pueblo, estaba en pie de igualdad al lado de la Torá, y hasta por encima de ella. Sus decisiones tenían el poder de “ligar” y “desligar” (cfr. Mt 16, 19; 18, 18) para siempre a los Judíos de todo el mundo. A quién había estudiado, a quien

había hecho los estudios académicos, se les abrían en consecuencia, por el hecho de poseer este saber y poder absoluto, todas las puertas y puestos claves del derecho, de la administración y de la enseñanza. Aparecieron entonces “profesiones académicas”; los escribas las ejercían al lado de su enseñanza y profesión civil.

Fuera de los sumos sacerdotes y de los miembros de las familias patricias, los escribas eran los únicos que podían entrar a la asamblea suprema, el Sanedrín; el partido fariseo del Sanedrín estaba compuesto completamente por escribas. Esta institución no era solamente una asamblea gubernamental; era, en primer lugar, una Corte de Justicia. Ahora bien, el conocimiento de la exégesis de las Escrituras jugaba un papel determinante en las sentencias judiciales. Se agregaba a ello la grande influencia que el grupo fariseo del Sanedrín había logrado alcanzar en la actividad administrativa.

Cuando una comunidad tenía la posibilidad de elegir entre un laico y un escriba para nombrar para el cargo de anciano en la comunidad, de *archisinagógo* o de juez, generalmente se prefería a un escriba. Esto significa que un gran número de cargos importantes ocupados en otra época por sacerdotes y laicos de rango elevado, habían pasado, en el primer siglo de nuestra era, totalmente o en gran parte a manos de los escribas.

Pero todo esto no explica completamente la razón decisiva de la influencia dominante de los escribas en el pueblo. El factor determinante de este influjo no era solamente el que los escribas poseían y dominaban el conjunto de la tradición en el campo de la legislación religiosa, y podían por este conocimiento llegar a los puestos claves, sino el hecho, muy poco tenido en cuenta, de que ellos eran los portadores de una ciencia secreta, de la *tradición esotérica*, que tenía como objeto conocer los secretos más ocultos del ser divino, debido a una virtud mágica, y los secretos de las maravillas de la creación. Se trataba en privado, del maestro al alumno más familiarizado, sobre la teosofía, la cosmogonía y apocalíptica tal como habían sido consignadas por escrito en el primer capítulo del libro de Ezequiel y del Génesis.

Desde el punto de vista social, los escribas se consideran, en cuanto poseedores de la ciencia esotérica, los herederos inmediatos

y los sucesores de los profetas. “¿El profeta y el escriba en que se parecen? En que los dos son enviados por el único y mismo rey” dice el Talmud de Palestina (*op. cit. p. 325-326*). Como los profetas, los escribas se presentan como servidores de Dios, al lado del clero: como ellos, agrupan alrededor suyo alumnos a los cuales les transmiten su doctrina; como los profetas, son habilitados para su función, no demostrando su origen como lo hacen los sacerdotes, sino simplemente por su conocimiento de la voluntad divina que anuncian, enseñando, juzgando y predicando.

De todos los rincones del mundo, la juventud judía aflúa a Jerusalén para sentarse a los pies de los maestros que enseñaban allí con una reputación mundial en el judaísmo de entonces. En efecto, en los tiempos de Jesús, Jerusalén continúa siendo la ciudad de la ciencia teológica y jurídica del judaísmo. Las decisiones y enseñanzas de los maestros se difundían más allá de los límites de Palestina: Los alumnos las conservaban como un bien precioso y las transmitían insertándolas en la cadena de la tradición.

Se comprende, entonces, por qué el pueblo veneraba a los escribas como en otro tiempo a los profetas, con miramientos sin límites y temor reverencial, por ser detentores y maestros de la ciencia esotérica sagrada: sus palabras tenían una soberana autoridad. Particularmente eran las comunidades fariseas las que obedecían sin condiciones a los escribas fariseos.

Las fuentes suministran una cantidad de pequeños detalles típicos que demuestran el prestigio de los escribas a los ojos de la gente: Se ponían de pie al paso de un escriba; sólo los obreros no tenían que hacerlo durante su trabajo; lo saludaban de primero de manera reverente, llamándolo “Rabbí”, “padre” (Mt 23, 9), “maestro”, “preceptor”, “guía” (Mt 23, 10. 16 cfr. Rm 2, 19), cuando pasaban delante de ellos con su túnica de escriba (Mc 12, 38; Lc 20, 46) en forma de manto que caía hasta los pies, provisto de largas franjas (Mt 23, 5). Cuando los notables de Jerusalén ofrecían una comida, era un realce de la fiesta el que participaran los escribas o futuros doctores. Los primeros puestos eran reservados a ellos (Mc 12, 39 y par.) y el Rabbí precedía en los honores al hombre de edad y hasta a los padres; se sentaba de espaldas al armario de la Tora, mirando a la asistencia y visible a todos.

### 1.3. Jesús un Maestro carismático popular

Sin la menor duda, después de este recuento histórico - cultural acerca de los Escribas, Rabbís y maestros en Israel en tiempos de Jesús, surgirá espontáneamente la pregunta: Por qué razón Jesús es llamado y reconocido como Rabbí, Maestro, si no había cumplido todo el proceso formativo de los Escribas, no pertenecía al grupo sacerdotal, ni fariseo; cuando, por el contrario, entra en permanente y agudo conflicto con estos grupos influyentes ideológicamente dentro del pueblo. También esta era la pregunta que se hacían llenos de sorpresa sus paisanos y adversarios (Lc 4, 22; Mc 6, 2-3; Mt 13, 53-58).

Joaquín Jeremías nos dice en su estudio que en los tiempos de Jesús, también otras personas que no habían recorrido el ciclo regular de formación que terminaba con la ordenación de escriba, eran llamados "Rabbí"; Jesús de Nazaret era un ejemplo, aunque desprovisto de la formación rabínica completa, pasaba ante la gente por alguien que "entiende de letras" (γράφματα).

Entre la gente se oían comentarios a cerca de Él. Unos decían: "es bueno". Otros decían: "no, engaña al pueblo". Pero nadie hablaba de él abiertamente por miedo a los judíos. Los judíos asombrados, decían: "¿cómo entiende de letras sin haber estudiado?" (Jn 7, 12-15).

Precisamente por no haber estudiado, los maestros carismáticos y populares como Jesús no tenían derecho a los privilegios del doctor ordenado. Por lo demás no lo pretendían e iban abiertamente en contra de esas normas de prestigio y dominación que ejercían sobre las conciencias (Mc 12, 38-40; Mt 23, 6-7; Lc 20, 45- 47; 11, 43).

Sorprendidos también nosotros podemos preguntarnos, como los judíos que se mostraban maravillados por la sabiduría que Jesús demostraba en su enseñanza: "¿Cómo sabe tanto sin haber estudiado?" (Jn 7, 15). Cuando los sumos sacerdotes y los fariseos mandan a prender a Jesús, los guardias regresan sin él; y les preguntan: "¿Por qué no le habéis traído?": Respondieron ellos: "Jamás un hombre habla como habla ese hombre" (Jn 7, 46). Cuando Jesús entra en la Sinagoga de Cafarnaúm y se puso a enseñar, "todos quedaron pas-

mados de tal manera que se preguntaban unos a otros: “¿qué es esto? Una doctrina nueva expuesta con autoridad”. Bien pronto su fama se extendió por todas partes” (Mc 1, 27-28; Mc 11, 18; Mt 22, 22 y par.)

Cuando vino a su tierra y se puso a enseñar en la sinagoga, la gente de su pueblo que lo conocía, se quedaba desconcertada preguntándose de dónde sacaba tanto conocimiento:

“¿De dónde le viene esto? Y qué sabiduría es ésta que le ha sido dada? Y los milagros hechos por sus manos? No es éste el carpintero, el hijo de María y hermano de Santiago, Joset, Judas y Simón? Y no están sus hermanas aquí entre nosotros? “Y se escandalizaban a causa de él. Jesús les dijo: “Un profeta sólo en su tierra, entre sus parientes y en su casa carece de prestigio” (Mc 6, 1-4 cfr. Mt 13, 54-56).

De todas estas exclamaciones de asombro y maravilla y por el reconocimiento que se hacía de su sabiduría, se deduce que Jesús estaba cualificado para enseñar aunque careciera de los títulos y reconocimientos oficiales como maestro o preceptor. Jesús era un *Maestro carismático, popular*, reconocido como un verdadero *profeta-educador*.

#### **1.4. ¿De dónde viene todo esto? ¿Y qué sabiduría es ésta que le ha sido dada? (Mc 1, 2)**

##### **a. La escuela del hogar**

Hijo mío, atiende la instrucción de tu padre y no abandones la enseñanza de tu madre (Pr 1, 8; 6, 20; 31, 1) exhorta reiteradamente el libro de los Proverbios.

Los primeros maestros de Jesús fueron su padre José y María su madre, en la escuela del hogar de Nazaret. La familia era, en efecto, la institución educativa por excelencia en todo el Antiguo Testamento y en toda la historia del pueblo de Israel, no solamente porque su función educativa se destaca en todas las épocas y etapas de la vida de Israel, sino también porque no había otra que lograra su lugar privilegiado a nivel educativo, incluso cuando aparece ya tardíamente la sinagoga.

En la escuela de José y María, "Jesús progresaba en sabiduría, en estatura, y en gracia ante Dios y ante los hombres" (Lc 2, 52).

Sin la tarea educativa que cumple la familia no se puede explicar ni la continuidad, ni la fidelidad de Israel a sus tradiciones durante siglos. El padre y la madre eran los responsables de la educación de los hijos. A medida que iban creciendo, la madre introduce a las hijas en sus futuros deberes como mujeres y como madres. El padre en particular, si los hijos eran varones, les trasmitía su oficio (Mt 13, 55; Mc 6, 3). José y Jesús eran Téhton (τέκτων) artesano que trabaja con materiales duros: carpintero, cantero, etc.

Se trataba de una enseñanza básica que contenía los *elementos esenciales de la fe judía*. Era una enseñanza tanto *moral, como litúrgica e histórica*. Todo se aprendía en una atmósfera de vivencia religiosa que envolvía del hogar. Allí, en la familia los niños aprendían en la vida diaria los relatos de la historia de Israel tomados de la Biblia, crecían con el respeto a la ley; aprendían el significado de las costumbres; rezaban el *shema* "Escucha Israel" (Mc 12, 29. 30 y par.) por la mañana y por la tarde y aprendían los cánticos de alabanza a Dios (*zimrot*) que se entonaban con alegría entorno a la mesa familiar.

Pero de manera especial la familia transmitía, narrando en un clima litúrgico de memorial, con los ritos que la recordaban, la historia de la liberación de Egipto, cuando el pueblo llegó a conquistar la libertad.

Cuando se celebre el sacrificio de la Pascua, y el rito de los ázimos "los hijos les pregunten: ¿qué significa esto?" Ustedes les contestarán: "Esto es con motivo de lo que hizo conmigo Yahvéh cuando salí de Egipto" (Ex 13, 3-10. 14; Ex 12, 14). "Este es el sacrificio de la pascua de Yahvéh" (Ex 12, 25-27).

Son muchos los lugares del Antiguo Testamento en los cuales se muestra este contexto pedagógico, histórico y dialogal en el seno de la familia, donde aparece la fórmula: "cuando sus hijos les pregunten".

Lo específico de la educación hebrea familiar era la transmisión de esta tradición histórica: que es al mismo tiempo su profesión de fe fundamental, su credo: “el Señor nos hizo salir de Egipto con mano fuerte”.

Contrariamente a los pueblos vecinos, en los cuales la pertenencia étnica o religiosa se manifestaba a través de tatuajes o por el porte de distintos objetos, el distintivo para Israel era la memoria y la narración de la liberación histórica del pueblo:

“Esto será como señal en tu mano y como recordatorio ante tus ojos; porque con mano fuerte nos sacó Yahvéh de Egipto” (Ex 13, 16). La pregunta es netamente didáctica: “¿qué significan estos ritos, estos mandatos, estos monumentos?”, el padre contestará narrando el acontecimiento histórico que le dio origen, recitando el credo israelita:

“Y cuando el día de mañana te pregunte tu hijo: “¿qué son estos dictámenes, estos preceptos y estas normas que Yahvéh nuestro Dios nos ha escrito”, dirás a tu hijo: “eramos esclavos del Faraón en Egipto, y Yahvéh nos sacó de Egipto con mano fuerte” (Dt 6, 20-25).

Estas eran seguramente las preguntas que hacía Jesús a José. Para comprender la simbología ritual de la Pascua y de las fiestas.

- Los padres enseñaban también *poemas, cánticos y salmos* a sus hijos, por ejemplo, aquel de Moisés que tenía que cumplir una función pedagógica bien precisa: no solamente de liturgia y de memoria popular de los hechos de la liberación, sino de criterio y medida de la práctica del pueblo y de la fidelidad a Yahvéh.

“Escribid, ahora para vuestro uso el cántico siguiente; *enseñaselo a los hijos de Israel*, ponlo en su boca para que este cántico me sirva de testimonio contra los hijos de Israel, cuando yo los lleve a la tierra que bajo juramento prometí a sus padres, tierra que mana leche y miel, y ellos, después de comer hasta hartarse y engordar bien, se vuelvan hacia otros dioses, les den culto y a mí me desprecien y rompan

mi alianza... Y Moisés escribió aquel día este cántico y se lo enseñó a los hijos de Israel". (Dt 31, 10-22; cántico: Dt 32).

- Las familias enseñaban a los hijos a vivir con todo el sentido de la fe *las fiestas y tradiciones religiosas populares*. Las fiestas eran verdaderas experiencias de aprendizaje para los jóvenes, tanto más que a la pregunta ¿Qué rito es éste? (Ex 12, 26) el padre explicaba a los hijos el significado de la simbología ritual.

Toda familia judía vivía con expectante entusiasmo la peregrinación anual a Jerusalén. Jesús participó a su primera peregrinación con sus padres y la gente de su pueblo a los 12 años. Cuando con jubilosa devoción veía de lo lejos el "esplendor radiante" de la ciudad y la magnificencia del Templo, los devotos israelitas entonaban con sus labios y con su corazón el Salmo 22:

*Que alegría cuando me dijeron:*

*"¡Vamos a la casa del Señor!"*

*Ya estamos, ya se posan nuestros pies*

*en tus puertas Jerusalén* (Sal 122, 1; cfr Lc 2, 41-50).

- En la mesa del hogar también debió aprender Jesús, del ejemplo de José y de María, la importancia de la *hospitalidad*, que debía ofrecerse como deber sagrado, con alegría y sin discriminación, a los hambrientos y los itinerantes (cfr. Lv 19, 34; Is 58, 7; Job 31, 32).

*¿No será más bien este otro el ayuno que yo quiero?*

*¿Oráculo del Señor?*

*No será partir al hambriento tu pan,*

*y a los pobres sin hogar, recibir en casa?*

*Que cuando veas a un desnudo lo cubrirás,*

*y de tu semejante no te apartes?*

(Is 58, 7; cfr. Mt 25, 31-46).

- Al acercarnos con mirada acusiosa al ministerio de Jesús constatamos con qué frecuencia acompaña sus *enseñanzas* con ejemplos tomados *de la vida diaria*, que había

aprendido, sin duda alguna, en el hogar, en la vida doméstica: Jesús habla de la molienda del trigo (Mt 24, 41 y par.), de la elaboración del pan (Mt 13, 33 y par.), del remiendo de la ropa (Mt 9, 16 y par.), del barrido del suelo (Lc 15, 8) y de la iluminación de las casas (Lc 15, 8; Mt 5, 15; cfr. Mc 4, 21 y par.).

### **b. El aprendizaje en la escuela**

No tenemos un testimonio directo de la educación recibida por Jesús en las "escuelas" judías, sin embargo, teniendo presente cómo se daba la educación de los niños en la época de Jesús, y por la forma como él conoce y enfrenta las situaciones y problemas que se le presentaban, revela un conocimiento y sapiencia alcanzada a través de las escuelas judías.

En el tiempo de Jesús las sinagogas solían tener una escuela anexa, que se ocupaba de la educación de los varones; no es extraño, antes bien, es muy probable que Jesús completara la educación familiar con la instrucción recibida en la Sinagoga local de Nazaret.

Los niños hasta la edad de los once años, estudiaban la Torá, los profetas y la tradición escrita en el *bet sefer* (Casa de la lectura). Luego podían continuar su formación en *el bet talmud* (Casa del aprendizaje), estudiando las leyes orales del movimiento fariseico: En su enfrentamiento con los escribas y fariseos, demuestra un conocimiento amplio, a la vez que una actitud crítica de cuestionamiento y condena, de las tradiciones e interpretaciones de la ley.

Dada la escasez de documentos escritos, la enseñanza era preponderantemente de transmisión oral, junto con métodos de aprendizaje memorístico. La repetición era un recurso didáctico ordinario para grabar en la mente lo aprendido, valiéndose de la pregunta y la respuesta de fórmulas estereotipadas, a veces estructuradas en forma rítmica. Facilitaba la memorización del método del acróstico: composición literaria en la que cada verso empieza con una letra sucesiva del alfabeto (cfr. Sal 9, 10, 25; 34; 37; 11; 112, 119, 145; Lm 1-4; Pr 31, 10-31; Nah 1, 2-8).

Así como en el hogar, la instrucción en las "escuelas" no era tanto una enseñanza de algunos conocimientos simplemente, sino

que era una iniciación a la interpretación del sentido de las Escrituras y a la adquisición de la *sabiduría*, como prudencia, ciencia, piedad, temor de Dios y alabanza, en la búsqueda de la felicidad, la sabiduría ayudaba a encontrarla en el camino del bien y en los mandamientos de Yahvéh.

Durante toda su vida en Nazaret, era su costumbre participar en las sinagogas los días sábados a la escucha atenta de la ley y los profetas: "Vino a Nazaret donde se había criado y, *según su costumbre*, entró en la Sinagoga el día sábado y se levantó para hacer la lectura" (Lc 4, 16).

La manera como Jesús se refiere a las Escrituras en todo su ministerio, con un conocimiento y capacidad de interpretación asombrosos, nos muestra cuánto Jesús habría aprendido y asimilado la sabiduría.

Que Jesús había sido un alumno receptivo, diligente y crítico, se deduce claramente de la actitud que tuvo entre los maestros del Templo en Jerusalén durante la peregrinación que hizo a Jerusalén de niño y por la impresión que causó entre ellos:

Al cabo de tres días, lo encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles; todos los que le oían estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas (Lc 2, 46- 47).

Que tuviese un conocimiento a fondo de las doctrinas de los escribas y fariseos, y de las controversias entre ellos, lo demuestra la manera como se refiere a ellas y como responde cuando sus oponentes quieren que tome partido por algunas de las corrientes de los reconocidos maestros de la ley Hillel y Sammai acerca del divorcio (Mt 19, 3).

### **c. El aprendizaje informal de la vida diaria**

Imperceptiblemente cada uno de nosotros hemos aprendido sin darnos cuenta muchísimas cosas en la "escuela de la vida" y la "Universidad de lo cotidiano". Nos parece como tan natural que no tenemos conciencia del aprendizaje tan voluminoso que vamos

adquiriendo día a día. Un conocimiento que se ha vuelto rutinario y que en el mejor de los casos, si la vida diaria es reflexionada e interpretada como un “mundo de sentido”, se convierte en experiencia y sabiduría: es el “*magisterium vitae*”, el magisterio de la vida. La vida viene a ser “lugar educativo” primordial.

Los niños judíos tenían muchas oportunidades de aprender informalmente a través de los juegos, en los mandados que hacían al pueblo, en la participación de las fiestas populares y liturgias, en los acontecimientos sociales, por el contacto diario con la gente del mercado, en la fuente del pueblo y en los lugares en que los mayores se reunían para charlar y comunicarse las noticias.

Ese aprendizaje lo tuvo Jesús como lo indica su referencia a tantas circunstancias de la vida diaria.

#### **4. 4. *Jesús conocía, a partir de su experiencia laboral, el mundo del trabajo y el mundo de la naturaleza***

Como artesano que vivía en un medio rural, Jesús estaba familiarizado con todo lo referente al trabajo agrícola: con el arado del campo (Lc 9, 62; Mt 13, 30), la siembra del grano (Mt 13, 3-8); la siega y el aventamiento (Jn 4, 35-38) y el almacenaje en los graneros (Mt 13, 30; Lc 12, 16-18).

En su contacto con los campesinos, y tal vez por su trabajo en el campo, conocía lo relacionado con el valor y rendimiento de los suelos (Mt 13, 3-8), los caprichos del tiempo (Mt 16, 2-3; cfr. Lc 12, 54-55); la mejor manera de actuar contra la cizaña cuando invade los campos (Mt 13, 30), de podar las viñas para mejorar la producción (Jn 15, 2).

Conoce bien el mundo del pastoreo, en una tierra donde abundan los rebaños y los pastores: como se guían a las ovejas; cómo se las cuida; la diferente actitud entre el pastor y el asalariado (Jn 10, 1-18). Jesús conoce el mundo de la naturaleza: habla de las plantas, de los lirios del campo, los pájaros, el huerto, los peces, los árboles, las serpientes, y cómo se comportan cada uno de ellos. En contacto con sus discípulos pescadores, también conoce la vida del lago y el trabajo de la pesca.

Además de su experiencia como campesino, tuvo también un conocimiento de experiencias del mundo del trabajo como  $\tau\epsilon\kappa\tau\omega\nu$ , dedicado al trabajo manual rudo como artesano (Mt 13, 55 y par.) y del mundo de la construcción (cfr. Lc 12, 18; Mt 7, 24-27; Lc 14, 28-30). Las parábolas que utiliza Jesús, como medio de su enseñanza, dan testimonio de ello, así como de su conocimiento de otras operaciones laborales: la contratación de los trabajadores y el pago de los salarios (Mt 20, 1-15), el despido de los empleados (Lc 16, 1-2); la posesión de la tierra por grandes propietarios que se van de viaje y la dejan en manos de administradores (Mt 24, 45-51; 25, 14-30); las actividades bancarias (Mt 25, 27 y par), el cobro de las deudas (Mt 18, 23-35; cfr. 7, 41-42), las operaciones de compra y venta (Mt 13, 44-46; Lc 14, 18-19), etc., etc.

**e. *Conocedor de la vida de la sociedad y de las estructuras de poder***

A medida que “crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres” (Lc 2, 52), Jesús iba aprendiendo relacionándose con los demás y participando en la vida de la sociedad judía. Conoció muy bien las celebraciones en la vida de la sociedad, particularmente la fiesta de bodas y los rituales que se desarrollaban en ellas a las cuales frecuentemente se hace alusión en las narraciones y parábolas (Jn 2, 1-11; 25, 1-13 y par.), así como también fue consciente de los problemas familiares que se suscitan en la repartición de la herencia: (Lc 12, 13; 15, 11-13), por el libertinaje, la embriaguez y las preocupaciones de la vida (21, 34).

Pero también conoció la condición de marginación y exclusión social a que eran condenados los enfermos (ciegos, mudos, epilépticos, endemoniados, leprosos, etc.) y las condiciones de explotación e injusticia a que eran sometidos los pobres, campesinos y asalariados por parte de los ricos y poderosos; conoció la explotación sufrida por las viudas hasta quitarles lo poco que tenían para vivir, y todo cubierto con un ropaje religioso (Mc 12, 38-13, 4); sabía de la situación de opresión a que era sometida la mujer en una sociedad patriarcal.

Pero de manera especial conocía muy bien las estructuras económicas, sociales, ideológicas y de poder ejercidos por los grupos

dominantes económica, política e ideológicamente, en torno al Templo; los grupos sociales que conformaban la sociedad judía en su época y los mecanismos de dominación y explotación, a través de la ley, el culto, los impuestos, los diezmos, etc.

Tuvo conciencia de la ocupación romana y de las formas de ejercer su presencia y dominio sobre el pueblo judío.

Las enseñanzas prácticas de Jesús demuestran también que tenía un conocimiento acertado en materias relacionadas con las leyes y formas de gobierno (cfr. Mt 18, 15-18; Mt 5, 40; Mt 5, 25; cfr. Lc 12, 57-58).

#### **f. La sabiduría que viene del Padre**

Sin embargo sería una tremenda distorsión y un enorme vacío si el conocimiento de Jesús tuviese sus raíces e inspiración en condiciones y mediaciones puramente humanas, desconociendo la sabiduría que viene de Dios y que El otorga a quienes se dirigen y relacionan con El con confianza y amor y revela por medio de su Espíritu a quienes le aman:

¿En efecto, qué hombre conoce lo íntimo del hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el Espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado, de las cuales también hablamos, no con palabras aprendidas de la sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales en términos espirituales. El hombre naturalmente no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. Y no las puede entender pues sólo el Espíritu puede juzgarlas. En cambio, el hombre espiritual lo juzga todo; y a él nadie puede juzgarle (1Co 2, 11-15).

La conciencia creciente que tenía Jesús de la misión otorgada por el Padre y la íntima comunión con El, particularmente en la oración, explican la inspiración divina que subyace a su enseñanza expresada de manera particular en el Evangelio de Juan: "A voso-

tros os llamo no siervos sino amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer" (Jn 15, 15). Poco antes había dicho a la gente: "yo no he hablado por mi cuenta, sino que el Padre que me ha enviado me ha mandado lo que tengo que decir y hablar, y yo sé que su mandato es vida eterna. Por eso, las palabras que yo hablo las hablo como el Padre me lo ha dicho a mí" (Jn 12, 49-50; Jn 14, 10).

Mi doctrina no es mía sino de aquel que me ha enviado.

El que quiera cumplir su voluntad, verá si mi doctrina es de Dios o si hablo yo por mi cuenta.

El que habla por su cuenta, busca su propia gloria; pero el que busca la gloria del que le ha enviado, es veraz, no hay impostura en él (Jn 7, 16-18);

No hago nada por mi propia cuenta, sino que lo que el Padre me ha enseñado, eso es lo que hablo (Jn 8, 28; Jn 17, 8).

Condición para acoger la enseñanza del Padre es la sencillez y la escucha de su Palabra con el corazón.

Jesús al constatar quienes acogían la Palabra, lleno de júbilo exclama "Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar" (Mt 11, 25-27). La sabiduría que Jesús poseía viene de lo alto, le ha sido revelada por el Padre. Por eso sólo El "tiene palabras de vida eterna" (Jn 6, 68) y las palabras que Jesús comunica "son espíritu de vida" (Jn 6, 63); sólo Él es el camino, la verdad y la vida (Jn 14, 6).

### 1.5. Cuál es la novedad de Jesús como Maestro

Jesús es llamado "Maestro", sin embargo, tal como hemos visto, de inmediato aparece la diferencia con aquellos que eran oficialmente reconocidos *Rabbí* entre los judíos.

¿Quiénes lo llamaban maestro y estaban dispuestos a acoger y vivir sus enseñanzas?

Los Evangelios nos lo demuestran: Los sencillos, los pobres de Yahvéh que esperaban los tiempos mesiánicos portadores de justicia; los excluidos y marginados en la sociedad, los arrinconados, los malditos que no conocen la ley, lo acogieron y reconocieron como Maestro; mientras que los escribas y los fariseos, los maestros de la ley, los sumos sacerdotes, los herodianos, los saduceos, en una palabra los grupos y clases en el poder, lo rechazaron, lo persiguieron y le dieron muerte.

¿Cuál era la originalidad de Jesús como maestro, para que fuera acogido por unos y rechazado por otros?

Veamos cuáles eran las diferencias que muestran lo Evangelios: A primera vista Jesús tiene ciertos elementos comunes con los *rabbís* en Israel, sin embargo de inmediato aparecen sus diferencias y contradicciones con ellos.

#### **a. Jesús Maestro elige a sus discípulos**

Como los *rabbís*, Jesús tiene un grupo de discípulos con los cuales establece un vínculo estrecho, sin embargo, mientras en el contexto judío los discípulos escogían al maestro, en el caso de Jesús fue El quien eligió a sus discípulos (Mc 3, 13; Lc 6, 13; 10, 1). Estos no lo siguen por propia iniciativa, sino porque son elegidos; “No me habéis elegido vosotros a mí, sino yo os he elegido a vosotros” (Jn 15, 16).

Los discípulos de Jesús no se acercaban a él, no lo seguían para recibir la enseñanza de la ley y empezar una carrera; ni su estado era transitorio hasta que llegasen ellos mismos a ser maestros.

Por su práctica Jesús revela que *uno sólo es el maestro*, contrariamente a los maestros de su época, que insisten en ser llamados, reconocidos y honrados por el pueblo como tales. Los “maestros” de la época formaba nuevos “maestros”; Jesús por el contrario, recomienda a sus discípulos que no se dejen llamar “maestros”, (Mt 23, 8). Siempre permanecerán en la condición de discípulos y les insiste en ser servidores de la comunidad y hermanos.

“Entonces Jesús se dirigió a la gente y a sus discípulos les dijo: “Vosotros en cambio no es dejéis llamar “*rabbí*”, porque uno solo es

vuestro Maestro; y vosotros sois todos hermanos. Ni llaméis a nadie "Padre" vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo. Ni tampoco os dejéis llamar "preceptores", porque uno solo es vuestro preceptor: Cristo. El mayor entre vosotros sea vuestro servidor. Pues el que se ensalce será humillado; y el que se humille será ensalzado" (Mt 23, 8-12).

Al predecir las persecuciones advierte a los discípulos: "No está el discípulo por encima de su maestro, ni el siervo por encima de su amo. Ya le basta al discípulo ser como su maestro, y al siervo ser como su amo. Si al dueño de la casa lo han llamado Beelzebul, ¡cuánto más a sus domésticos! (Mt 10, 24-25).

### **b. Una doctrina nueva expuesta con autoridad**

La gran novedad del ser maestro en Jesús, está en la forma como él presenta su enseñanza:

"Todos quedaron pasmados de tal manera que se preguntaban unos a otros: "¿Qué es esto? ¡Una doctrina nueva, expuesta con autoridad!" (Mc 1, 28).

Al final del sermón de la Montaña, Mateo anota: "Y sucedió que cuando terminó estos discursos, la gente quedó asombrada de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas" (Mt 7, 29).

Estos textos presentan el contraste creado por la forma de enseñar de Jesús y aquella de los conocidos maestros de la época. Jesús no se limita a presentar lo que los escribas enseñaban como absoluto, la ley y las tradiciones: interpretándolas al pie de la letra. Jesús, por el contrario, las relativiza y cuestiona, se sitúa por encima de la ley: "Porque yo os digo que, si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos".

"Habéis oído lo que se dijo a vuestros antepasados... *Pues yo os digo*" (Mt 5, 20. 22. 26. 28. 32. 34. 39. 44). Al decir "pero yo os digo" Jesús asume prerogativas divinas, demostradas también en su manera de actuar. Pero particularmente Jesús relativiza la ley, las

tradiciones y preceptos, y las instituciones, poniéndolos, no por encima de las personas, sino a su servicio; no para esclavizar sino para liberar.

Un aspecto relevante de la enseñanza de Jesús es el examen crítico que hace de las tradiciones, corrigiendo interpretaciones legalistas que no favorecían el respeto prioritario hacia la persona humana. Al decir, por ejemplo, que el sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado, está establecido un nítido criterio de discernimiento de juzgar y actuar. Ciertamente el sábado era considerado sagrado. Pero para Jesús la persona humana es más sagrada aún y la validez de cualquier ley se mide por el servicio prestado a la realización de los hijos e hijas de Dios. En la óptica cristiana la persona humana es criterio absoluto, para tomar cualquier decisión.

“¡Ay de vosotros los legistas, que os habéis llevado la llave de la ciencia! No entrásteis vosotros, y a los que querían entrar so lo habéis impedido” (Lc 11, 52). Jesús censura a quienes se apropian del conocimiento de la ley de Dios y no comparten ese saber para servir al pueblo, sino que lo utilizaban para asegurar sus propios privilegios.

Las controversias sobre las tradiciones en Mateo muestran claramente que Jesús se aparta de la tradición de los antiguos, del conjunto de comentarios sobre la ley transmitidos en las escuelas rabínicas:

“Se le acercaban a Jesús algunos fariseos y escribas venidos de Jerusalén, y les dijeron: ¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de los antepasados? Pues no se lavan las manos a la hora de comer? El les respondió: “¿Y vosotros por qué quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición?” (Mt 15, 1-20).

578 Por encima de la ley Jesús pone la persona a cuyo servicio debe estar lo demás; coloca por encima de todos los preceptos el mandamiento de Dios: el mandamiento del amor.

Se levantó un maestro de la ley y, para ponerlo en apuros le dijo: “Maestro, ¿Qué debo hacer para conseguir la vida eterna?”

Jesús le dijo: “¿qué dice la Biblia, qué lees en ella?” Contestó: “amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza y con todo tu espíritu; y a tu prójimo como a ti mismo”. Jesús le dijo: “tu respuesta es exacta; haz esto y vivirás” (Lc 10, 25-28).

**c. Jesús enseña con su vida y con su ejemplo**

Jesús enseñaba con autoridad, porque a diferencia de los escribas y fariseos él enseñaba con su vida y con su ejemplo, mientras que ellos dicen y no hacen; su enseñanza era superior, porque contrariamente a la enseñada por los escribas y fariseos que imponían cargas insoportables, la de Jesús libera; Jesús es un maestro único y original porque a diferencia de los escribas y fariseos que buscaban el prestigio y los privilegios, Él, como Maestro, había venido para servir y no para ser servido y dar su vida como rescate de muchos:

Jesús se dirigió a la gente y a sus discípulos y les dijo: “en la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos. Haced pues, y observad todo lo que os digan; pero no imitéis su conducta, porque ellos dicen y no hacen. Atan cargas pesadas y las echan en las espaldas de la gente, pero ellos ni con el dedo quieren moverlas. Todas sus obras las hacen para ser vistos por los hombres; se hacen bien anchas las filacterias y bien largas las orlas del manto; van buscando los primeros puestos en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas, que se les salude en las plazas y que la gente los llame Rabbí” (Mt 23, 1-7).

Jesús enseñaba con su ejemplo: por eso podía decir “aprended de mí que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11, 29).

“Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo el Señor y el Maestro os he lavado los pies, también vosotros debéis lavar los pies los unos a los otros. Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros” (Jn 13, 13-15).

#### **d. Jesús el Maestro - Profeta**

Si en algo fundamental se diferencia Jesús de los Maestros y Rabbí de su época es por su carácter y talante profético. Jesús es un profeta-educador y un educador-profeta. Todos los rasgos caracterizantes de los profetas del Antiguo Testamento los encontramos presentes y plenamente realizados en Jesús, “el profeta escatológico” que debía venir al mundo.

“Nunca profecía alguna ha venido por voluntad humana, sino que hombres movidos por el Espíritu Santo, han hablado de parte de Dios” (1P 1, 21). Fue en la Sinagoga de Nazaret donde Jesús, al pronunciar su discurso inaugural, se siente consagrado por el Espíritu del Señor que lo envía a proclamar la Buena Nueva a los pobres, la liberación a los oprimidos y el año de Gracia del Señor. En ese momento Jesús, lleno del Espíritu Santo, aplica a sí mismo y personifica la profecía de Isaías, dando inicio a su misión como Maestro-profeta.

A partir de ese instante Jesús se manifiesta como profeta-educador y es reconocido como tal.

Cuando en el diálogo con la samaritana, Jesús le pone de manifiesto cuántos maridos ha tenido, ella le replica: “Señor, veo que eres un profeta” (Jn 4, 18). Cuando el ciego de nacimiento, después que Jesús le devuelve la vista, los fariseos le preguntan: “Y qué dices tú de él, ya que te ha abierto los ojos?” El respondió: “que es un profeta” (Jn 9, 17).

Apenas Jesús había resucitado al hijo de la viuda de Naim, nos dice San Lucas que “el temor se apoderó de todos, y alababan a Dios diciendo: “un gran profeta ha surgido entre nosotros y Dios ha visitado a su pueblo” (Lc 7, 16).

Al enterarse Herodes de la predicación y de las curaciones que hacía Jesús, pues su nombre se había hecho célebre, algunos decían “es un profeta como los demás profetas” (Mc 6, 16). Jesús también quiso saber qué pensaba la gente de él, por eso pregunta a sus discípulos: “¿quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?” Ellos le dijeron entre otras respuestas: “unos, que Juan el Bau-

tista, otros que Elías; otros que Jeremías o uno de los profetas” (Mt 16, 13-14; Mc 8, 28).

A la entrada triunfal a Jerusalén toda la gente se conmovió. “¿quién es este?” decían. Y la gente respondía: “este es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea.” (Mt 21, 11). Los sumos sacerdotes y los fariseos al oír las parábolas de la higuera estéril, de los dos hijos y de los viñadores homicidas, “comprendieron que se estaba refiriendo a ellos. Y trataban de detenerle, pero tuvieron miedo a la gente porque le tenían por profeta” (Mt 21, 45-46).

Tal era la conciencia y profunda convicción de sus discípulos, aún en medio de la frustración y fracaso que sentían después de su crucifixión. Cuando el viajero les pregunta acerca de lo que había pasado en Jerusalén, ellos le responden: “Lo de Jesús de Nazaret que fue un profeta poderoso en obras y en palabras, delante de Dios y de todo el pueblo” (Lc 24, 19). Esta respuesta expresa toda la fe de sus discípulos en El y el sentir de la gente.

Pero Jesús no era sólo un profeta, entre tantos. El pueblo, a partir de las señales que realizaba, llega a verlo como “el profeta escatológico” que había anunciado Moisés y que por largo tiempo había sido esperado (Dt 18, 15-18). Después de la multiplicación de los panes, la gente al ver la señal que había realizado, decía: “este es sin duda el profeta que iba a venir al mundo” (Jn 6, 14).

Mientras que muchos al oír a Jesús decían: “este es sin duda el profeta”, y otros decían: “este es el Cristo”, los sumos sacerdotes y los fariseos lo descalificaban delante de la gente asegurando: “indaga y verás que de Galilea no sale ningún profeta” (Jn 7, 40. 52).

Como Maestro Jesús encarna plenamente los rasgos que caracterizan a los profetas en el Antiguo Testamento.

- No solamente es un “hombre de Dios”, portador de su Palabra, sino que *Él mismo es “la Palabra de Dios* que se hizo carne y puso su morada entre nosotros” (Jn 1, 14). “De una manera fragmentada y de muchos modos, habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos, nos ha hablado por medio de su

Hijo" (Hb 1, 1). El es el Profeta absoluto a quien debemos escuchar (Lc 9, 35; Mt 17, 5; Mc 9, 7).

Como profeta Jesús está "lleno del Espíritu Santo" (Lc 4, 1) que lo "consagra y lo envía a anunciar la Buena Nueva a los pobres, a proclamar la liberación a los cautivos, a devolver la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor" (Lc 4, 18-19). Por estar lleno de gozo en el Espíritu Santo, pudo exclamar, al constatar que quienes acogían la Buena Noticia eran los pobres y los sencillos: "yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, porque tal ha sido tu beneplácito" (Lc 10, 21-22).

Como el profeta que debía venir al mundo, no sólo interpretó las crisis históricas que vive el pueblo de Dios, como lo hacían los profetas del Antiguo Testamento, sino que él mismo generó la crisis escatológica. "He venido a este mundo para iniciar una crisis (Jn 9, 39). Señaló el fin de un orden histórico ya agotado e inauguró la era mesiánica de los tiempos escatológicos. "El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca, convertíos y creed en la Buena Noticia" (Mc 1, 14). "Hoy se cumple la Escritura que acabáis de oír" (Lc 4, 21).

Como profeta anuncia la Utopía de Dios, su Reino, y la va manifestando y haciendo presente mediante los signos históricos de misericordia, de solidaridad, de vida y de paz.

Los profetas cumplían su misión interpretando los acontecimientos, develando en ellos los signos de los tiempos y de los lugares, en los cuales se hacía presente la acción de Dios, invitando a la conversión y al compromiso con la causa de Dios (Mt 12, 28) y además cuestiona a esa "generación adúltera y perversa" de los fariseos y saduceos, que "saben discernir el aspecto del cielo y no podéis discernir (διακρίνετε) las señales de los tiempos" (Mt 16, 3). Más aún, Jesús es el Signo escatológico por excelencia, y lo es particularmente su resurrección.

En la línea de los profetas, Jesús *denunció el anti-Reino* que se oponía al proyecto de Dios. Reprobó la riqueza injusta que genera las desigualdades en la sociedad (Lc 6, 24-25; 18, 24-25); censuró el poder opresor (Lc 22, 24-27; Mt 20, 25-27; Mc 10, 42-44) que discrimina; cuestionó la observancia religiosa hipócrita (Mt 7, 17-23) y descalificó a la ley que abruma y mata (Mc 2, 18-28; 3, 1-6).

Por lo mismo, como profeta de Dios, Jesús se constituye en *el defensor de los pobres* y excluidos de la sociedad. Entre los poderosos de su tiempo, sumos sacerdotes, escribas, fariseos, saduceos y el pueblo despreciado por ellos por considerarlo "gente maldita que no conoce la Ley" (Jn 7, 49), Jesús se coloca al lado de estos últimos que son los que creen en El y acogen la Buena Nueva. Se acercaba a los excluidos de la sociedad y hacia los empobrecidos, de los que lloran, de los que tienen hambre, los primeros predilectos de Dios y los primeros a ser incluidos en su Reino. Para ellos era presencia misericordiosa de Dios.

Su compromiso liberador y su solidaridad lo llevó a compartir la misma suerte de los pobres y excluidos.

En continuidad con los profetas Jesús como maestro *combatió la idolatría* de la riqueza y del poder que suplanta al Dios vivo y verdadero en el corazón del hombre: "ningún criado puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno despreciará al otro. No podeis servir a Dios y al dinero" (Lc 16, 13). Cuando la riqueza y el poder se constituyen en lo absoluto, no sólo se excluye a Dios sino que en función de ellos se sacrifica al ser humano.

Jesús no sólo actuó como maestro a la manera de los profetas, sino *que corrió los riesgos y asumió el destino contradictorio y trágico de los profetas*. Desde cuando comenzó su misión como Maestro-Profeta empezó a experimentar el rechazo de sus mismos coterráneos que se escandalizaban de él. Por ello afirmó: "un profeta sólo en su tierra y en su casa carece de prestigio" (Mt 13, 57; Lc 4, 24; Jn 4, 44).

Mientras que la gente, al escuchar sus enseñanzas reconocía: "este es sin duda el profeta", los sacerdotes y los fariseos lo descalificaban mostrando que de los marginados no puede salir ningún profeta: "indaga y verás que de Galilea no sale ningún profeta" (Jn 7, 52).

Después de la inventiva profética contra los escribas y fariseos hipócritas, los culpó, preanunciando su propio final, de la muerte de los profetas: "vosotros mismos atestiguáis que sois hijos de los que mataron a los profetas. Colmad también vosotros la medida de vuestros padres!" (Mt 23, 30-32) y enseguida apostrofó a Jerusalén exclamando: "Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que son enviados!" (v. 37).

Cuando algunos fariseos se le acercaron y le dijeron que se fuera de ahí y no siguiera el camino hacia Jerusalén porque Herodes buscaba matarlo, Jesús les respondió: "conviene que hoy, y mañana y pasado siga adelante, porque no cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén" (Lc 13, 31-33).

Efectivamente Jesús es condenado a muerte y crucificado en Jerusalén por parte de los sumos sacerdotes y magistrados, El que había actuado y había sido reconocido como "un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo." (Lc 24, 19).

No sólo el Maestro tiene la vocación y también el destino de los profetas, sino que advierte a sus discípulos que ese también será su propia suerte, si se ponen en su seguimiento. Más aún les certifica que ese es un signo de la autenticidad de su discipulado:

"Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijáos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos, que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros" (Mt 5, 11-12; Lc 6, 23). A su vez les advierte: "ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!, porque de ese modo trataron sus padres a los falsos profetas!" (Lc 6, 26).

La identidad del maestro a la manera de Jesús, tiene en la vocación profética su más alto distintivo, pero al mismo tiempo

debe asumir conscientemente los riesgos y el precio, y también el gozo y la dicha de la incomprensión y la persecución y hasta de martirio.

En América Latina, la vocación educativa está marcada hoy con el sello de la sangre del martirio. Miles y miles de educadores que han osado vivir su misión de maestros como la planteó y vivió Jesús, han compartido también con El su destino pascual, de muerte y resurrección.

## **2. La pedagogía de Jesús**

Si Jesús es “el Maestro” y es reconocido como tal, se nos plantea entonces una serie de preguntas, entre otras, derivadas de este hecho:

¿Cuál era la pedagogía de Jesús? ¿Cómo educaba? ¿Cuál era su didáctica?: ¿cómo enseñaba?

Al querer responder a estas preguntas tenemos que afirmar que entre más nos acercamos a los Evangelios con una mirada pedagógica, descubrimos siempre más la incomparable riqueza que ellos nos ofrecen desde la perspectiva educativa.

Intentaremos, pues, adentrarnos en los Evangelios con esta óptica e inquietud, poniendo de relieve aquellos rasgos más destacados, con la conciencia de que nos acercamos a una fuente de inagotable riqueza.

### **2.1. La persona como centro de la pedagogía de Jesús**

Si la intencionalidad del Proyecto educativo de Jesús era la instauración del Reino de Dios, realidad última y sentido absoluto de toda su misión, la razón de su vivir y de la entrega de su vida, su pedagogía estaba centrada en la persona humana y orientada a su realización en plenitud.

Jesús reafirmó en su enseñanza, y particularmente con su práctica, *el valor absoluto de la persona*, frente a la cual todo debe ser relativizado y en función de cuya realización todo debe orientarse.

Ni las instituciones, ni las leyes, ni las tradiciones, por más sagradas que sean, pueden absolutizarse y mucho menos ser manipuladas para legitimar la opresión o instrumentalizar a las personas. Todo, absolutamente todo, debe supeditarse al bien y la vida de las personas, máxime si son los pobres y excluidos. Lo más sagrado para Jesús era la persona humana, particularmente los empobrecidos, y la realización de su vida en toda su riqueza y plenitud estaba antes que todo.

Por esta razón Jesús se enfrentó permanentemente con las autoridades religiosas, jurídicas, políticas y económicas porque utilizaban las instituciones, como el Templo, la observancia del sábado, las leyes y las prácticas rituales de purificación, para dominar las conciencias y legitimar la opresión que ejercían sobre el pueblo.

Cuando estaba amenazada la vida humana por el hambre, no se podía anteponer la sacralidad del Templo, ni la prohibición de no profanar el reposo del sábado. Por eso Jesús legitimó a los discípulos que, al sentir hambre, cuando pasaban por los sembrados en día sábado, arrancaron espigas y se pusieron a comer, aunque eso no estaba permitido hacer durante el descanso sabático, así como David, cuando sintieron hambre él y sus compañeros, entró en el templo y comió los panes de la proposición que estaban reservados únicamente para los sacerdotes.

Lo primero, lo absoluto, es salvar a las personas, particularmente a los marginados y excluidos, garantizar su vida por encima de todo, comenzando por las condiciones que la hacen posible atendiendo a sus necesidades básicas: el alimento, combatiendo el hambre; la salud, venciendo la enfermedad; el trabajo que asegura el pan de cada día: "pues yo os digo que hay aquí algo mayor que el Templo. Si hubiéseis comprendido lo que significa aquello de "Misericordia quiero, y no sacrificios", no condenaríais a los que no tienen culpa. Porque Señor es del sábado el Hijo del Hombre" (Mt 12, 6-8).

Es particularmente significativa la alusión al Templo, centro del poder económico, político y religioso en Israel, considerado por encima de todo y de todos. Era "lo más sagrado" e incuestionable, pero en realidad era centro de la explotación económica, encubier-

ta con la pretendida sacralidad de la presencia de Dios y de las ofrendas culturales y los sacrificios. Pues bien, para Jesús, saciar el hambre de sus discípulos, así como lo fue para David y sus compañeros, estaba por encima de la sacralidad del Templo. Más aún, cuando Jesús constató que los escribas devoraban la hacienda de las viudas so capa de largas oraciones (Mc 12, 38-40) y con las ofrendas que se echaban en el arca del Templo, se quitaba a una pobre viuda “lo que necesita, todo cuanto poseía, todo lo que tenía para vivir” (Mc 12, 41-44), Jesús anunció que de ese Templo “no quedaría piedra sobre piedra” (Mc 13, 1-2). La expulsión de los vendedores del Templo es la acción y el signo que confirmaban la importancia fundamental de la persona y el valor primordial de su vida frente a las instituciones opresoras y deshumanizantes.

En forma categórica Jesús sentó el principio que rige todo su actuar salvífico-educativo: “El sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado” (Mc 2, 27).

Consecuente con este principio y valor absolutos, y para reafirmarlo una vez más, al entrar en día sábado a una sinagoga encontró allí a un hombre que tenía la mano paralizada. Estaban al acecho los fariseos a ver si le curaba en sábado para poder acusarle. Jesús, ordenando al hombre con la mano paralizada que se colocara en medio, les preguntó: “es lícito en sábado hacer el bien en vez del mal, salvar una vida, en vez de destruirla? “Como ellos permanecieron callados, confundidos por la ira, entonces Jesús curó al que tenía paralizada la mano” (Mc 3, 1-6).

Jesús proclamó y defendió este principio, aunque por ello tuvo que afrontar la persecución y luego la muerte.

Lo que legitima a las instituciones, a las leyes, a las tradiciones y hasta el mismo culto, es el servicio que prestan a las personas y a su realización y que sean una garantía de la vida humana, comenzando por las condiciones materiales básicas que la hacen posible: el alimento, el trabajo, la salud, la educación, el descanso, especialmente de los más pobres y de los que menos cuentan en la sociedad.

“*Gloria Dei, homo vivus*”, escribió San Ireneo: “la gloria de Dios es el hombre y la mujer en su plenitud”, es la vida humana

plenamente realizada. Desde esta perspectiva deben ser vistos los pasajes que narran la comida de Jesús con los pecadores (Mc 2, 15-17), la discusión sobre el ayuno (Mc 2, 18-22), las espigas arrancadas en sábado (Mc 2, 23-28) y la curación del hombre con la mano paralizada (Mc 3, 1-6). De igual manera deben leerse las parábolas de la misericordia y del perdón.

La parábola de la oveja descarriada relata, mejor que cualquier otro episodio, el valor absoluto de la persona: “y yo os digo de verdad que si llega a encontrarla, tiene más gozo por ella que por las noventa y nueve no descarriadas” (Mt 18, 13). “De la misma manera, no es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno de estos pequeños” (v. 14).

Este texto debe ser interpretado en relación con el que le precede, el relato que presenta a Jesús acogiendo a los niños, que no eran considerados para nada, ni tenidos en cuenta en la sociedad judía.

*Los niños* eran un grupo marginal entre los marginados, y es ésta la razón de la *valoración que Jesús hacía de ellos*: “yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos” (Mt 18, 3) y “el que recibe a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe” (v. 5). Pero al mismo tiempo que enalteció a los niños, a los pequeños, colocándolos en el centro de sus atenciones, hizo un duro juicio a quienes los despreciaban y oprimían: “si alguien hace tropezar y caer a uno de estos pequeños que creen en mí, mejor le sería que le amarraran al cuello una gran piedra de moler y que le hundieran en lo más profundo del mar” (Mt 18, 6). Y luego advirtió: “guardaos de despreciar a uno de estos pequeños, porque yo os digo que sus ángeles en los cielos ven continuamente el rostro de mi Padre que está en los cielos” (Mt 18, 11).

La voluntad del Padre que no quiere que se pierda ninguno de estos pequeños (v. 14) se contrapone al escándalo y al desprecio hacia ellos (v. 6 y 10). Jesús reivindicó la dignidad y el valor absoluto de toda persona, comenzando por aquellos que dentro de la sociedad no tienen el mínimo reconocimiento y, por eso, son marginados y despreciados.

El pasaje de la oveja perdida debe ser asociado también a aquel en el que, en el mismo Evangelio de Mateo, Jesús se identifica con los pequeños y para los cuales reivindica las condiciones que garantizan su vida: el comer al hambriento, el beber al sediento, el vestido al desnudo, la visita al enfermo y al encarcelado, la acogida al peregrino... como exigencia y expresión del mandamiento nuevo del amor que debe regir la vida de la comunidad cristiana (Mt 25, 31-46).

Jesús también *valorizó a la mujer* en una sociedad en la que jurídica, social y religiosamente le eran negados muchos derechos en comparación con el hombre. Eran numerosos los casos en los cuales el hombre podía dejar o repudiar por cualquier motivo a la mujer. Jesús reafirmó la valoración de la mujer al reivindicar de manera absoluta el amor de comunión entre la pareja, que no puede quedar al arbitrio y capricho del varón, en detrimento de la dignidad y los derechos de la mujer. Ante la pregunta que le hicieron unos fariseos, con ánimo de probarlo, de si estaba permitido al hombre despedir a su mujer por cualquier motivo, Jesús afirmó categóricamente: "no han leído que el Creador en el principio, los hizo hombre y mujer y dijo: "por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne?". De manera que ya no son dos, sino uno sólo. Pues bien, lo que Dios ha unido no lo separe el hombre" (Mt 19, 5-6). En el contexto de la época esto significaba una valoración extraordinaria de la dignidad de la mujer, al poner en el centro de la relación conyugal el amor de comunión, y no la voluntad caprichosa y prepotente del varón que podía repudiar a la mujer cuando quería.

Entre los *enfermos*, cuya condición era considerada como un castigo a su pecado o al de sus padres, los *leprosos* formaban el grupo más despreciable y rechazado de la sociedad, segregados de la vida social y condenados a deambular en pequeños grupos fuera de los límites de la ciudad y a refugiarse en las cuevas.

Pues bien, Jesús curaba a los enfermos y rechazaba la interpretación de que sus dolencias fueran un castigo divino a su pecado o al de sus padres (Jn 9, 2); no admitía el rechazo *a los leprosos*; por el contrario, entraba en relación con ellos, sintiendo compasión y curándolos, haciendo posible de esta manera su integración a la

comunidad. Más aún, él los tocaba (Mt 8, 1-3), aunque este gesto fuera considerado como un contagio de impureza. La curación de los endemoniados y el episodio de los puercos (Mt 8, 28-34) tienen el mismo sentido.

Los *publicanos*, considerados como pecadores públicos, eran rechazados por los judíos por razones políticas, por el hecho de ser los cobradores de impuestos del Imperio romano. Por esta razón tenían necesidad del “médico” que los “curara”. También ellos fueron llamados a convertirse y a acoger el Reino de Dios. Los Evangelios nos presentan los casos de dos publicanos, Mateo y Zaqueo, que al llamado del Señor, dejaron de inmediato su antigua profesión y se pusieron en el seguimiento de Jesús. Más aún, Jesús aceptó la invitación y se sentó a la mesa con ellos y compartió la comida: “Sucedió que estando a la mesa en casa de Mateo, vinieron muchos publicanos y pecadores, y estaban a la mesa con Jesús y sus discípulos. Al verlos los fariseos decían a los discípulos: “Por qué come vuestro maestro con los publicanos y pecadores?” Jesús les replicó a los judíos que condenaban su gesto de comunión en la mesa con estas palabras: “no necesitan médico los sanos, sino los que están mal. Id, pues, a aprender qué significa aquello de “misericordia quiero, y no sacrificio”. Porque no he venido a llamar a justos sino a pecadores” (Mt 9, 10-13).

Jesús valoraba la acogida, la comunión y la fraternidad que nacen y crecen alrededor de la mesa y en la celebración de las bodas, símbolo del Reino de Dios.

El vuelco tan radical que inaugura el Reino de Dios, anunciado e inaugurado por Jesús, nos permite comprender su sentencia: “en verdad os digo, los publicanos y las prostitutas llegan antes que vosotros al Reino de Dios” (Mt 21, 31b).

Jesús valorizó la persona no en abstracto sino en su condición y situaciones concretas: a los niños en una sociedad en la que no contaban, a los leprosos curándolos e incorporándolos e integrándolos a la comunidad, a las mujeres reivindicando su igualdad frente a la prepotencia masculina; a los publicanos y pecadores, brindándoles una oportunidad de cambio y vida nueva, compartiendo con ellos la mesa.

Jesús reivindicó la dignidad de la persona en su vida cotidiana, afirmando el derecho al pan de cada día, compartiéndolo en fraternidad.

Por eso, para Jesús, la dignificación de la vida y de la persona incluía la amistad y la fraternidad que crecen alrededor del pan, fuente de vida, y del vino, generador de alegría, símbolos de las bases materiales de la vida, de la salud y de la amistad.

## 2.2. La educación como práctica de la libertad

Ha calado muy hondo la obra clásica de Paolo Freire titulada: *La educación como práctica de la libertad* hasta el punto de convertirse en todo un programa pedagógico. En efecto, no hay educación sin hacer un llamado a la libertad y a la opción y una promoción de su práctica. La educación liberadora plantea como meta la conquista de la libertad en condiciones de opresión, como fundamento y objetivo de todo proceso educativo: educar en y para la libertad.

Por esto en la pedagogía de Jesús, junto con la centralidad y valoración de la persona, encontramos, como condición y consecuencia, el llamado permanente a la libertad: “para ser libres nos libertó Cristo. Mantenéos, pues, firmes y no os dejéis oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud” (Ga 5, 1). Además, para Jesús, como Maestro, la verdad era condición y garantía de la libertad: “conoceréis la verdad y la verdad os hará libres” (Jn 8, 32).

En la proclama que Jesús lanzó desde la sinagoga de Nazaret, definiendo la misión para la cual había sido enviado, planteó el carácter liberador de la evangelización, de la Buena Noticia del Reino de Dios que es también la razón de ser de su práctica como Maestro. A partir de ese momento su tarea educativa posee esa óptica e intencionalidad liberadoras. Su quehacer educativo se convirtió necesariamente un proceso liberador (Lc 4, 16-21).

La Buena Noticia del Reino de Dios es un llamado a la *conversión y a creer* (Mc 1, 15), lo cual depende de la libre decisión y acogida de cada persona. El seguimiento a Jesús, *nace de un llamado* que El hace, de una vocación que implica una respuesta libre,

madura, coherente. María y los discípulos responden al llamado con el *sí* de su opción, y con la decisión de dejar todo para seguirlo, como la mayor manifestación de su libertad.

Jesús llamaba, y su palabra era una pro-vocación y un desafío a la libertad. “*Si alguno quiere* venir en pos de mí niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mt 16, 24). Al joven que le preguntó qué debía hacer para alcanzar la vida eterna, Jesús le contestó: “*si quieres* entrar en la vida, guarda los mandamientos” (Mt 19, 16).

Vivir humanamente significa darle sentido a la vida, la posibilidad de optar, llegar a ser sujeto de su propia historia y, por eso mismo, de decidir. Presupone también las condiciones que faciliten y permitan hacer posible la elección, la libertad.

El seguimiento de Jesús es una opción de vida; y aunque Jesús retaba a la gente a tomar decisiones en respuesta a su enseñanza, siempre respetaba la libertad para aceptar o no lo que El proponía. Invitaba, pero no obligaba; proponía, pero no imponía.

Juan nos relata que los discípulos de Jesús, al oír el discurso sobre el pan de vida, dijeron: “es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?” “Sabiedo Jesús en su interior que sus discípulos murmuraban por esto, les dijo. “¿Esto os escandaliza?” (Jn 6, 60. 61) y el evangelista añade: “Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con Él” (v. 66). Pero Jesús, lejos de proponer condiciones menos exigentes y no tan escandalosas para evitar la desertión, se volvió a los doce y les dijo: “¿también vosotros queréis marcharos?” Es entonces cuando Pedro ratificó su opción de fe y de sentido de su vida: “Señor, ¿dónde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna” (vv. 67-68).

Contrasta esta actitud educativa de Jesús con las múltiples formas de coacción, de condicionamientos, de conductismos manifiestos o disimulados que limitan o niegan la libertad. La educación, a ejemplo de Jesús, es y será siempre una educación en y para la libertad, una educación liberadora; una educación es búsqueda de la verdad que hace libres.

### ***Hacia un crecimiento continuo***

Jesús como Maestro por excelencia, conocedor de la vocación del ser humano de llegar a ser imagen y semejanza de Dios (Gn 1, 26), propone a sus discípulos un dinamismo de constante crecimiento e invita a asumirlo con toda la radicalidad que ello implica. La vocación que hace Jesús para ponerse en su seguimiento, comporta una ruptura con la anterior forma de vivir, de pensar y de actuar: "si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese así mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque quien quiera salvar su vida la perderá; pero quien pierda su vida por mí, ése la salvará" (Lc 9, 23-24 y par.).

Jesús lanza constantes retos a quienes quieren ser sus discípulos: Hay que "convertirse" (Mc 1, 15); hay que "nacer de nuevo" (Jn 3, 1-9). Al legista que le pregunta qué tiene que hacer para obtener la vida eterna, Jesús le propone como ejemplo de la vivencia del mandamiento del amor, la actitud del Samaritano, quien, a diferencia del sacerdote y del levita que pasaron de largo ante el hombre que había caído en manos de los bandidos y yacía botado al borde del camino, se llegó junto a él (1), al verle tuvo compasión (2), se acercó (3), vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino (4); lo montó sobre su propia cabalgadura (5), le llevó a una posada, y cuidó de él (6), y sacando dos denarios se los dio al posadero (7). Son 7 verbos que expresan la plenitud y radicalidad del cumplimiento del mandamiento del amor (Lc 10, 25-37). La medida del amor es la sin medida de la gratuidad, la donación y el servicio.

A una pregunta similar que le hace el joven rico: "Maestro qué tengo que hacer de bueno para alcanzar la vida eterna?" (Mt 19, 16), Jesús no se limita a proponerle una buena obra, sino la radicalidad del seguimiento: "si quieres ser perfecto, ve, vende, da, ven y sígueme". A la pregunta que le hizo el joven rico, Jesús le contesta haciéndole cinco mandatos.

Jesús propone el máximo ideal del amor como proyecto y realización de la vocación cristiana:

*Este es mi mandamiento  
que os améis los unos a los otros*

*como yo os he amado.  
Nadie tiene mayor amor  
que el que da su vida por sus amigos (Jn 15, 12).*

Es él quien, como maestro, da el ejemplo del mayor amor, pues “habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el extremo” (Jn 13, 1).

Cuando los discípulos le preguntan, hasta cuántas veces había que perdonar, si hasta siete veces; Jesús responde, no sólo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete, es decir, siempre (Mt 18, 21-22).

El permanente desafío que Jesús hace a sus discípulos y la exigencia de radicalidad se explican a partir de la meta que propone a los discípulos: “vosotros, sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre celestial” (Mt 7, 48).

El proponer la más alta de las metas, e invitar a un crecimiento continuo es la mayor valoración de la libertad y el mayor reto de una pedagogía liberadora: no solo liberarse de, sino liberarse para.

### **2..3. La pedagogía del amor**

Jesús compendió todo el Evangelio del Reino en la vivencia del Mandamiento Nuevo del Amor. Se convierte en su principio pedagógico fundamental y en el parámetro de la relación educativa que Él promueve.

El evangelista Marcos, al narrar el episodio del encuentro de Jesús con el joven rico, hace una observación que bien podría aplicarse a todas las relaciones de Jesús: “Jesús fijando en él su mirada, le amó” (Mc 10, 21).

El amor educativo se traduce en *amistad* que es sinónimo de cercanía, afecto, confianza, confidencia, donación de sí:

*Este es mi mandamiento:  
que os améis unos a otros como yo os he amado.  
Nadie tiene mayor amor*

*que el que da su vida por sus amigos.*

*... No os llamo ya siervos,  
porque el siervo no sabe lo que hace su amo.  
A vosotros os he llamado amigos,  
Porque todo lo que he oído de mi Padre  
os lo he dado a conocer (Jn 15, 12 - 15).*

Particularmente hacia los niños, Jesús tiene muestras de *afecto* y de *ternura* en una sociedad que los minusvaloraba y ponía de lado: los acoge con cariño, los abraza y los bendice imponiéndoles las manos (Mt 19, 13-15; Mc 10, 13-16).

Para con los abatidos, enfermos y necesitados el amor se *hace compasión entrañable y misericordiosa*. San Marcos, al narrar la multiplicación de los panes y de los peces para saciar el hambre de la multitud que afanosamente le seguía, nos dice que “al desembarcar, Jesús vio mucha gente, sintió compasión de ellos, pues eran como ovejas que no tienen pastor, y se puso a instruirles extensamente” (Mc 6, 34). La respuesta salvífica hacia la muchedumbre, necesitada de pan pero también de la Buena Noticia, aunaba la compasión por el abandono en que se encontraba con la acción de “instruirla intensamente”.

El amor educativo, que en Jesús se hacía amistad, ternura, compasión, y que caracterizaba su relación pedagógica, tenía su raíz y era un reflejo de su relación de amor profundo y permanente con su Padre (cfr Jn 3, 35; 10, 17; 14, 31). Jesús nos comunica la experiencia que tiene del Padre:

*Como el Padre me amó,  
yo también os he amado a vosotros;  
permaneced en mi amor (Jn 15, 9-10).*

Jesús nos reveló el amor que Dios nos tiene, al mismo tiempo que nos señaló la relación de amor que debemos tenernos los unos con los otros.

El amor del Padre se nos ha manifestado al enviarnos a su Hijo único, como Salvador. A su vez Jesús nos amó hasta el fin dando su

vida por nosotros; de igual manera, Jesús nos ordena amarnos mutuamente como él nos ha amado. Es una secuencia lógica e implicativa tanto ascendente como descendente (1Jn 4, 19-21):

*Porque tanto amó Dios al mundo  
que dio a su Hijo único  
para que todo el que crea en él no perezca,  
sino que tenga vida eterna (Jn 3, 16).*

*Antes de la fiesta de la Pascua,  
sabiendo Jesús que había llegado su hora,  
de pasar de este mundo al Padre,  
habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo,  
lo amó hasta el extremo (Jn 13, 1).*

*Os doy un mandamiento nuevo;  
que os améis los unos a los otros.  
Que, como yo os he amado,  
así os améis también vosotros los unos a los otros.*

*En esto conocerán todos que sois discípulos míos:  
si os tenéis amor los unos a los otros (Jn 13, 34-35).*

Para Jesús, el amor, la amistad, la ternura, la misericordia fueron el principio que inspiró toda su acción educativa y el que debe vivificar toda relación educativa inspirada en la suya.

#### **2.4. Una pedagogía crítica. La pedagogía de la pregunta**

Coherente con su pedagogía liberadora y su manera de enseñar como Maestro-Profeta que propone la búsqueda de la verdad que hace libres, Jesús empleaba permanentemente la PREGUNTA como método educativo. En los Evangelios Sinópticos Jesús hace 98 preguntas sin contar las doce que se encuentran en las parábolas. El Evangelio de Juan es el que contiene más preguntas: 171 en total\*.

Partimos del principio de que la pregunta no es una simple técnica o táctica didáctica, o una fórmula retórica que sirve de en-

\* B. GRENIER, *Jesús el Maestro*, San Pablo, Madrid, 1996, p. 51.

ganche o punto de partida, sino una metodología eficaz para despertar la conciencia crítica, para interpelar, para confrontar puntos de vista, para cuestionar, para plantear opciones y compromisos de cambio.

Con frecuencia *educa más la pregunta que la respuesta*. El hacer preguntas pertinentes e inteligentes (intus-legere: leer lo profundo), para que no se quede en la superficie de las cosas sino que vaya a lo profundo, es un rasgo característico tanto de los verdaderos maestros, como de los alumnos y estudiantes inquietos, deseosos de aprender y progresar.

La pregunta oportuna e inteligente es fuente de conocimiento y estimula el pensamiento y la conciencia crítica; es siempre provocadora. Es el antídoto al pensamiento único y homogeneizante, a la pereza mental, a la evasión al pensar, así como un contrapeso a la enseñanza dogmática y fundamentalista. Contrariamente al monólogo magistral, la pregunta suscita y promueve el diálogo como búsqueda de la verdad, evitando el pensamiento acrítico y repetitivo; la pregunta despierta la conciencia y promueve la creatividad. Quien propone o hace preguntas, indica que no pasa entero lo que se le da, sino que cuestiona, interpela, analiza. No se trata de preguntas retóricas que de antemano esperan la repetición de un contenido establecido, como en los antiguos catecismos de preguntas y respuestas que eran un afianzamiento del dogmatismo imperante.

De ahí que, para analizar tanto la práctica educativa de Jesús como nuestra propia práctica inspirada en la de El, resulta necesario responder a estos interrogantes:

- ¿Qué clase de preguntas hacemos?
- ¿Hacia quién (nes) van dirigidas?
- ¿Qué finalidad persiguen?
- ¿Cómo hacemos las preguntas?
- ¿Cómo corroboran el aprendizaje?

La importancia de la pregunta consiste en que ella estimula el *pensamiento fructífero* por cuanto cuestiona las formas de pensar y de actuar establecidas, ayuda a clarificar las ideas, lleva a la reflexión profunda y al análisis, invita a tomar decisiones y producir

cambios. Con frecuencia la pregunta es la chispa que da inicio a la conversación y al diálogo y el motor generador para una interlocución más amplia.

En Jesús la pregunta no era un medio sino *un camino y un proceso educativo: enseña preguntando*. Recordemos, a manera de ejemplo, el pasaje de Mc 8, 14-21 en el cual su enseñanza se realiza con una secuencia lógica de siete preguntas que culmina con la interpelación: “¿aún no entendéis?”.

Desde niño Jesús se caracterizó por esta actitud cuestionante e inquieta. Hay una escena en la infancia de Jesús en la que se nos presenta como un alumno verdaderamente talentoso y despierto, que pregunta, cuestiona, interpela. Cuando José y María, llenos de ansiedad, lo buscaban durante tres días, lo encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles. Todos los que lo oían, estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas”. Y ante la pregunta de sus padres: “por qué nos has hecho esto?”, El les contestó con otras preguntas: “por qué me buscábais? No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?” (Lc 2, 46-50).

*¿Cómo eran las preguntas de Jesús? ¿Cuáles eran sus propósitos?*

Sin duda alguna, la razón profunda de la pedagogía de la pregunta en Jesús era la de clarificar la Buena Nueva del Reino de Dios, evidenciar la ruptura y el cambio que él entrañaba y particularmente provocar una respuesta y compromiso con el Proyecto de Dios.

- Las preguntas de Jesús eran *pro-vocadoras y estimulantes* de la fe:

Las primeras palabras del ministerio público de Jesús, dirigidas a los dos discípulos de Juan el Bautista que lo seguían, están formuladas en forma de pregunta: “¿qué buscáis?” (Jn 1, 38; cfr. 18, 4.7; 20, 15).

- Frecuentemente las preguntas tendían a *suscitar y verificar la fe*:

“¿Tú crees en el Hijo de Dios?” (Jn 5, 6).

“Yo soy la resurrección y la vida... ¿Crees esto?” (Jn 11, 25).

“¿Me amas?” (Jn 21, 15. 16. 17).

“¿Quién decís que soy yo?” (Mt 16, 15).

- A veces sus preguntas eran *inquietantes*, e incluso *desafiantes*; con el fin de llevar a sus discípulos a decidirse y a optar:

“¿También vosotros queréis marcharos?” (Jn 6, 67).

“¿Simón, duermes? ¿Ni una hora has podido velar?” (Mc 14, 37).

“¿Podéis beber el cáliz que voy a beber?” (Mt 20, 22).

- Otras preguntas estaban orientadas al *discernimiento*, como en la parábola del samaritano misericordioso:

“¿Quién de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los asaltantes?” (Lc 10, 36).

- Otras veces Jesús usó la pregunta para estimular *una reflexión en profundidad sobre el sentido* de la vida:

“¿De qué le sirve al hombre haber ganado el mundo entero si él mismo se pierde o se arruina?” (Lc 9, 25).

“¿No valéis vosotros mucho más que las aves del cielo?” (Mt 7, 26).

- Las hizo a menudo para *cuestionar*, evidenciando así *lo absurdo e ilógico de los falsos planteamientos y exigencias* y para poner a la luz la hipocresía de quienes lo interrogaban:

“¿A quién de vosotros se le cae un hijo o un buey en un pozo en sábado y no lo saca al momento?” (Lc 14, 5).

“¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que todos los demás galileos, porque han padecido estas cosas?” (Lc 13, 2).

“¿Quién de vosotros me puede acusar que soy pecador?” (Jn 8, 46).

“¿Es lícito en sábado hacer el bien en vez del mal, salvar una vida en vez de destruirla?” (Mc 3, 4).

- En pocas circunstancias la pregunta servía para *cuestionar las actitudes y la fe* de los discípulos:

“Por qué estáis con tanto miedo? ¿Cómo, no tenéis fe?” (Mc 4, 40)

“¿Por qué me llamáis: “Señor”, y no hacéis lo que digo?” (Lc 6, 46)

“¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que hay en tu propio ojo?” (Lc 6, 41-42).

Todas éstas preguntas tendían a *modificar actitudes* y romper prejuicios.

La pregunta inducía a *confrontar la propia vida*, las actitudes y comportamientos con las exigencias del Evangelio, y a suscitar una decisión de cambio.

- De la misma manera que Jesús tomaba la iniciativa de hacer preguntas, respondía también a quienes se las planteaban. Jesús hizo muchas más preguntas que las que contestó y en ocasiones contestó una pregunta con otra pregunta.

A veces sus respuestas eran tan desconcertantes como las preguntas. Cuando Pedro le pregunto: “Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano las ofensas que me haga? ¿Hasta siete veces?” Jesús le respondió: “no te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete” (Mt 18, 21-22).

Sus adversarios le planteaban preguntas capciosas y comprometedoras con el fin de hacerlo caer en contradicción y así poderlo acusar. Jesús les rebatía con otra pregunta, poniendo a la luz la incoherencia de su interpelación.

“Se levantó un legista, y dijo para tentarle: Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia la vida eterna?”. El le dijo: “qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees?” y respondiendo el

legista, -como era obvio-, “el mandamiento del amor a Dios y al prójimo”, le dijo: “haz eso y vivirás” (Lc 10, 25-28).

“Un día enseñaba en el Templo y anunciaba la Buena Nueva; se acercaron los sumos sacerdotes y los escribas con los ancianos, y le preguntaron: “dinos, ¿con qué autoridad haces esto, o quién es el que te ha dado tal autoridad?”. Jesús no les respondió directamente sino que los afrontó con otra pregunta, que cualquiera que fuera su respuesta, entrarían en contradicción ante el pueblo: “Decidme: el bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los hombres?”. Como no le respondieron, Jesús les replicó: tampoco yo os digo con qué autoridad hago esto” (Lc 20, 1-8. Cfr. Mt 12, 22-30).

Después de este recuento, que está lejos de ser exhaustivo, podemos comprender con mayor claridad por qué la *pedagogía de la pregunta* era un componente fundamental dentro de la *pedagogía transformadora* de Jesús, tendiente a despertar la conciencia crítica, a cuestionar la realidad y las formas de pensar y las actitudes de quienes lo escuchaban o seguían y, sobre todo, a modificar los propios comportamientos y cambiar la realidad circundante.

## 2.5. La pedagogía de la praxis

### ***Educar por y para la práctica***

La manera como Jesús educaba era plenamente coherente con el proyecto pedagógico hacia el cual orientó la totalidad de su vida y centró todo su mensaje: la irrupción y realización del Reino de Dios. Todo lo que Jesús dijo, vivió e hizo tenía una intencionalidad absolutamente definida: la instauración aquí y ahora del Reinado de Dios.

Por eso, en el centro de su misión evangelizadora-educativa *estaba su propia práctica*. Jesús *evangelizaba-educando* mediante la acción y para suscitar una práctica transformadora con miras a la construcción del Reino.

El Reino de Dios se inaugura y se va realizando, no por el simple anuncio o proclamación de la Buena Nueva, sino mediante *las obras, la práctica, y los signos históricos* concretos de vida y de

misericordia que liberan, que curan, que dignifican a las personas. La Buena Nueva de la llegada del Reino de Dios estaba indisolublemente unida en Jesús al hecho de "sanar toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo" (Mt 4, 23; 9, 35) y con la práctica de la misericordia que curaba, acogía, reconciliaba (Mt 9, 18-23, 27-31; 32-34; 10, 7-8; 11, 2-14; 12, 9-13; 22-28, etc). Todos estos signos eran demostrativos de que "había llegado el Reino de Dios" (Mt 12, 28).

Cuando Juan el Bautista en la cárcel oyó hablar de las *obras* de Jesús, envió a dos de sus discípulos a preguntarle si Él era el Mesías que debía venir o si tenían que seguir esperando a otro. "En aquel momento, nos dice el Evangelista San Lucas, Jesús *curó* a muchos de sus enfermedades y dolencias y de malos espíritus y dio vista a muchos ciegos. Y les respondió: "id y contad a Juan lo que habéis *visto y oído*: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan; se anuncia a los pobres la Buena Noticia; y dichoso aquel que no se escandaliza de mí" (Lc 7, 19-23; Mt 11, 2-6).

Cuando Pedro proclamó a Jesús como el Cristo, enviado por Dios Padre para "anunciar la Buena Nueva de la paz", compendió toda su vida en una brevísima y al mismo tiempo perfecta biografía: "Jesús de Nazaret que pasó *haciendo el bien* y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él" (Hch 10, 38).

Jesús educó y salvó, haciendo poner en pie y andar a los paráliticos, devolviendo la vista a los que no veían, abriendo los oídos a los sordos, devolviendo el habla, haciendo renacer a la vida, reincorporado a la comunidad, todas obras que encarnaban el principio de la misericordia y la solidaridad.

Jesús presentó, además, las obras que realizaba como el *criterio fundamental de la verdad* y autenticidad de su enseñanza. No son las palabras el criterio de verdad, sino la práctica. La verdad se demuestra, se verifica (se hace verdad) con las obras; según el principio expuesto por Jesús de "obrar la verdad" (Jn 3, 21):

*Las mismas obras que realizo,  
dan testimonio de mí,  
de que el Padre me ha enviado* (Jn 5, 36; cfr. Jn 10, 25-26;  
37-38).

La autoridad educativa de Jesús se fundamentaba en la plena coherencia entre lo que enseñaba y lo que hacía; en la inseparable relación entre palabra-vida, palabra-testimonio, o en lo que de manera tan original definió Paulo Freire la pedagogía de Jesús, la *palavração*, la *palabracción*, porque en Él su palabra era inseparable de la práctica; a diferencia de los escribas y fariseos que “decían pero no hacían” (Mt 23, 3). Podemos ir todavía más allá afirmando que toda palabra de Jesús era la explicación de su práctica siendo ésta el punto de partida de su enseñanza.

Por esta razón, y con toda autoridad, Jesús podía decir: “Aprended de mí” (Mt 11, 29). Precisamente porque con fidelidad hizo la voluntad del Padre, pudo afirmar que él mismo en persona era “el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 10). Porque enseñaba lo que vivía y hacía, podía decir con toda razón: “Yo soy la luz del mundo. El que me siga no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8, 12).

Porque Jesús evangelizó educando mediante su acción misericordiosa y su práctica liberadora, y porque enseñaba lo que vivía y practicaba, se proponía y esperaba que el fruto de su acción educativa fuese también una vida y una práctica de sus discípulos coherente con la Buena Noticia que él anunciaba.

Su tarea educativa no era la de un discurso que promovía otro discurso, sino la de una práctica que generaba otra práctica transformadora.

El texto clásico para demostrar que Jesús daba primordial importancia a la práctica en su quehacer educativo, lo encontramos al final del conjunto de sus enseñanzas, que ha recibido el nombre del “Sermón de la Montaña”:

*Así, pues, todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, y embistieron contra aquella casa; pero ella no se cayó, porque estaba cimentada sobre roca. Y todo el que oiga estas palabras mías y no las ponga en práctica, será como el hombre insensato que edificó su*

603

*... casa sobre arena: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, embistieron contra aquella casa y cayó y fue grande su ruina (Mt 7, 24-27).*

Lo importante y decisivo en la pedagogía de Jesús era que el discípulo empezara a vivir diferentemente y a actuar de un modo nuevo a la manera de Jesús, tal como Él dio ejemplo, "Comprendéis lo que yo he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis 'el Maestro' y el Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado ejemplo para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros" (Jn 13, 13-14).

Jesús nos advirtió con toda claridad que la praxis es la base de su seguimiento y no las palabras vacías: "no todo el que dice: Señor, Señor! entrará en el Reino de los cielos, sino el que *haga la voluntad* de mi Padre celestial" (Mt 7, 21). "Para qué me llaman Señor, Señor, si no *hacen* lo que digo?" (Lc 6, 46).

Para hacer más incisivo el fruto esperado con su pedagogía, planteó esta parábola:

"Un hombre tenía dos hijos. Llegándose al primero le dijo: "hijo, vete hoy a trabajar en la viña". "Y él respondió: "no quiero", pero después se arrepintió y fue. Llegóse luego al segundo, y le dijo lo mismo. Y él respondió: "sí Señor", y no fue". Cuál de los dos hizo la voluntad del Padre?" (Mt 21, 28-31).

Para Jesús la práctica de la misericordia y el amor eficaz son el criterio definitivo para entrar a formar parte del Proyecto salvífico de Dios" (Mt 25, 31-46).

El mejor fruto y resultado esperado de la pedagogía de Jesús que brotaba de su acción misericordiosa, era la práctica y las obras de sus discípulos, a ejemplo suyo, que es la luz del mundo: "vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo. Brille así vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mt 5, 13-16).

604

El criterio fundamental para distinguir si somos discípulos suyos o no, es la práctica del amor fraterno: "En esto conocerán que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros" (Jn 13, 35).

La pedagogía de Jesús, contrasta con muchas de nuestras prácticas educativas y pastorales, preponderantemente verbalistas, en las cuales predomina el aprendizaje conceptual como si las cosas cambiaran por el simple hecho de decirlas o afirmarlas, y cuestiona mucho más las incoherencias que como educadores podamos tener entre el decir y el hacer. Jesús, con su ejemplo, nos invita a asumir la pedagogía de la praxis y a unificar coherentemente nuestra palabra con la vida; más aún que nuestra vida y nuestra práctica sean nuestra mejor palabra, nuestra inobjetable enseñanza.

### **3. La utopía pedagógica de Jesús: la presencia y realización del Reino de Dios**

El verdadero maestro, el auténtico educador-profeta debe tener una meta definida que inspira y atrae todos sus mensajes y da sentido a todos sus actos. Condición indispensable de la acción educativa es saber hacia dónde se marcha para no extraviar la ruta o andar erráticamente sin brújula. En el camino pedagógico del Exodo, el pueblo de Israel iba hacia la "tierra prometida". Ella justificaba los cuarenta años de un camino por el desierto, años y años dando vueltas sobre el mismo sitio, con ganas, ante las duras dificultades, de volver al lugar de donde huyeron, pero, en definitiva, guiados y animados por Yahvéh educador, que nunca renunció a su plan, tenían siempre en el corazón, en sus sueños y aspiraciones la Tierra prometida y anhelada como heredad.

Los verdaderos educadores deben saber bien hacia dónde van, qué es lo que quieren alcanzar: esa lucidez y certeza elimina la zozobra, la incertidumbre, sirve para evaluar los instrumentos, para determinar las prioridades, para pre-veer decisiones y, sobre todo, para tener la certeza de que se avanza y se asimilan y superan las dificultades y hasta los fracasos.

Todo proyecto educativo permite ordenar a partir de la meta a la cual se quiere llegar, los pasos y los niveles siguientes del méto-

605

do; no hay algo que disperse y haga inútiles los esfuerzos de la gente como el no saber exactamente por qué y para qué se trabaja; en el conocimiento -generador del convencimiento- es donde comienza la motivación, lo que mueve, impulsa y guía.

Un grupo que no conoce el horizonte y la meta de su trabajo y de sus esfuerzos es carente de convicciones y se moverá tan solo por emociones e impulsos que no dan certeza por lo vulnerables e inestables que son.

Jesucristo, el Maestro-profeta, tenía muy claramente definida su misión y también su plan educativo: la implantación del Reino de Dios. Esa fue su gran estrategia, que como verdadera estrategia era irrenunciable, inmodificable, pues para eso había sido enviado y había venido. Era el imán de todos sus movimientos, el eje, la piedra angular sobre la que construía, el t́elos hacia el cual ordenaba todas sus palabras y acciones.

Por esta razón, el elemento central de la originalidad de Jesús como Maestro reside en el *contenido* e *intencionalidad* de su enseñanza y práctica educativas. A diferencia de los rabbis, cuya acción magistral consistía en enseñar la ley y las tradiciones, y vigilar por su recta interpretación y cumplimiento, Jesús centra la totalidad de su vida, de su misión y de su actuar, como *Maestro-Profeta*, en proclamar y hacer presente la utopía de Dios, expresada en la imagen que se fue plasmando en la tradición profética *del Reino de Dios*, que se haría presente en los últimos tiempos mediante el Mesías-Rey.

Jesús proclama el Evangelio de Dios, la Buena y esperanzadora Noticia de que el Reino de Dios, su acción salvadora ha llegado a nosotros.

Jesús educa en función de la realización de la Utopía de Dios de la cual era portador: la irrupción de un mundo nuevo, de una humanidad renovada según el proyecto original nacido del corazón de Dios.

No podemos, entonces, comprender la pedagogía de Jesús, si no es dentro de ese contexto evangelizador, que constituye el hori-

zonte y sentido último de su praxis educativa. La pedagogía de *Jesús es evangelizadora*, mediación, signo e instrumento de la Buena Nueva de la liberación y de la vida.

Acerquémonos pues, a los Evangelios que son el testimonio directo de la vida y actuar de Jesús, el Maestro, para comprender el sentido e incomparable riqueza de su proyecto Pedagógico.

Al adentrarnos en los Evangelios constatamos que Jesús centró la totalidad de su vida (predicación y acción) en la tarea de proclamar y hacer presente, mediante signos históricos, la Buena y esperanzadora Noticia del Reino de Dios.

Así nos lo transmiten los compendios programáticos de los cuatro Evangelios.

“Después que Juan fue preso, marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la Buena Nueva de Dios: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed la Buena Nueva” (Mc 1, 14-15).

“Cuando oyó que Juan había sido apresado, se retiró a Galilea. Desde entonces comenzó Jesús a predicar y decir: “Convertíos, porque el Reino de los cielos está cerca”.

“Recorría Jesús toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo” (Mt 4, 12. 17. 23; Mc 6, 9, 35).

“Vino a Nazaret donde se había criado y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día sábado, y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el libro del profeta Isaías, y desenrollando el volumen, halló el pasaje donde está escrito:

*El Espíritu del Señor sobre mí,  
porque me ha unguido.  
Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva,  
a proclamar la liberación a los cautivos  
y la vista a los ciegos,*

*para dar la libertad a los oprimidos*  
y proclamar el año de gracia del Señor.

Enrollando el volumen lo devolvió al ministro, y se sentó.  
En la sinagoga todos los ojos estaban fijados en él.

Comenzó, pues, a decirles: “Esta Escritura que acabáis de  
oír, se cumple hoy” (Lc 4, 16-21).

“También a otras ciudades tengo que anunciar la Buena  
Nueva del Reino de Dios porque a esto he sido enviado”  
(Lc 4, 43).

“Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10).

*¿En qué consiste pues, para Jesús, la Buena Noticia del Reino de Dios, compendio de su misión y paradigma de su acción educativa?*

- Para Jesús la proclamación de la Buena Noticia del Reino de Dios estaba en relación con las promesas mesiánicas del profetismo del Antiguo Testamento que anunciaba la venida del Mesías-Rey el cual instauraría en la tierra la utopía de la plena liberación, de la justicia y de paz verdadera (Sal 44; 72; Is 11, 3-5; 32, 1-3).

La justicia para los profetas, y por lo tanto para Jesús, no era la del derecho romano: un juicio neutral, según la ley, entre dos personas en litigio, ni la justicia de los escribas y fariseos que valoraban las acciones según las leyes y tradiciones: “si vuestra justicia no es superior a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de Dios”; sino la defensa eficaz del débil y del pobre frente al poderoso, pues aquellos no podían por sí mismos hacer valer sus derechos. Se trataba de la protección y defensa de los derechos de los pobres, de los huérfanos, de las viudas frente a la prepotencia y abuso de los que los oprimían y vejaban.

El anuncio de la llegada del Reino de Dios constituía, entonces, una *Buena Noticia para los pobres de Yavéh* que

esperaban su acción liberadora, pues El les haría justicia y defendería sus derechos.

- Jesús anuncia e inaugura la *Utopía de Dios*: un mundo en el que finalmente se hará justicia a los desheredados y en el que reinará finalmente la fraternidad (fruto del reconocimiento de Dios como Padre), la igualdad, la comunión y la solidaridad y como fruto la paz, entre todos los seres humanos y la reconciliación y armonía del hombre con la naturaleza.

- El Reino de Dios para Jesús conlleva una *transmutación, un cambio radical*:

- En una sociedad con múltiples formas de esclavitud, Jesús proclama la liberación de todas las servidumbres.

- En un mundo estructurado en la competitividad y las relaciones de dominio y opresión, Jesús proclama la igualdad y la solidaridad de hermanos y hermanas.

- Frente a la acumulación excluyente y egoísta de la riqueza, Jesús anuncia la necesidad de compartir los bienes de la creación.

- Frente a la búsqueda del prestigio, Jesús defiende el valor y dignidad de toda persona como hijo e hija de Dios.

- Ante las estructuras aplastantes y totalitarias del poder, Jesús contrapone la actitud de servicio a la comunidad.

- Contra la absolutización de la ley, Jesús defiende que ésta debe estar a servicio de las personas y no lo contrario, y proclama el mandamiento nuevo de amor.

- Ante el fariseísmo legalista y ritualista, Jesús afirma que el verdadero culto en espíritu y en verdad, agradable a Dios, es el amor al prójimo y la práctica de la justicia.

Para Jesús el Reino de Dios no se establece intranscendentemente, dejando la sociedad inalterada como si no pasase nada. La Buena Noticia exige y comporta el cambio radical de las situaciones generadoras de muerte y violencia, de injusticia y exclusión en que se vive. Por esta razón Jesús encuentra constantemente oposición, padece y anuncia a sus discípulos, persecución, cárcel, torturas y muerte.

- El Reino de Dios, para Jesús, no puede venir de una imposición totalitaria, por pura coacción física o moral sobre las personas o la colectividad, sino que es realizable por la conversión personal y social, por la opción libre, la convicción profunda y el compromiso.

Es posible en la medida en que haya personas, grupos y comunidades que se comprometan a vivirlo y a realizarlo, no como meta ya alcanzada una vez por todas, sino como un proyecto y un quehacer dinámico permanente; en la medida en que haya personas y comunidades comprometidas en la lucha por la justicia a través de proyectos de solidaridad, de fraternidad y de libertad: comunidades seguidoras de la misión de Jesús que viven y actúan como fermento de vida nueva en la sociedad.

- Lo original de Jesús en el anuncio de la Buena Nueva es que la *utopía* del Reino se hace *topía y kairós* (realidad presente aquí y ahora). “Hoy se cumple la Escritura que acabáis de oír” (Lc 4, 21). “El Reino de Dios viene sin dejarse sentir, y no dirán: “Vedlo aquí o allá”, porque el Reino de Dios está entre (en medio de) vosotros; está dentro (en el interior de) de vosotros” (Lc 17, 20-21) (*εὐτος ὑμῶν ἔστιν*).

- La evangelización, como inauguración y realización del Reino de Dios entre nosotros, la realizó Jesús mediante *signos de liberación*, de vida, de acogida, de misericordia que encarnaban los valores que caracterizan el Reino de Dios. A los discípulos que Juan había enviado para que preguntaran a Jesús: “¿eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?”, Jesús, que en ese momento curó a muchos de sus

enfermedades, les respondió: "id y contad lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia a los pobres la Buena Noticia" (Lc 7, 18-23; Mt 11, 2-5).

- El anuncio de la llegada del Reino de Dios es:
  - Buena Noticia (*eu-angélion*) para los pobres, los excluidos, los marginados, los oprimidos, causa de alegría y esperanza: por eso es representado con las parábolas de la fiesta, del banquete, de las bodas.
  - Para quienes excluyen, oprimen y matan, para los privilegiados es un "*dus-angélion*": una mala noticia: "Ay de vosotros".

De ahí que el Reino de Dios cree contradicción y conflicto permanentes.

- La misión de Jesús termina en la cruz:
  - como castigo infligido por los poderosos que se vieron amenazados;
  - como precio que debió pagar Jesús por su compromiso liberador;
  - como consecuencia de su fidelidad, hasta el final, a la misión confiada por el Padre;
  - como signo de su amor hasta el final;
  - como fuente de resurrección y de vida.

Pero es reafirmada por Dios en la resurrección como victoria de la vida sobre la muerte, como el triunfo definitivo del amor.

- La Buena Noticia llega a nosotros como interpelación que exige una decisión y una opción: "*convertíos y creed* en la Buena Noticia". Pide un cambio radical de la mente y el corazón de las actitudes y en el actuar de las personas, y una transformación de las estructuras del mundo y de la

sociedad. Jesús invita *a su seguimiento y a asumir un compromiso con su proyecto* y una participación en su misión.

#### **4. Jesús educa para el discipulado y el seguimiento al servicio del Reino de Dios**

El proyecto de Jesús como Maestro-Profeta se condensa en el Evangelio del Reino, Buena Noticia de liberación y de vida en plenitud, que debe ser anunciada y realizada por doquier. "Jesús recorría todas las ciudades y pueblos, enseñando en las sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia". Sin embargo él vio la inmensidad de la tarea, y al mismo tiempo la escasez de los operarios para realizarla:

*Cuando bajó del monte, Jesús, al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor. Entonces dice a los discípulos: "la mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (Mt 9, 36-38).*

Como maestro, desbordado por la responsabilidad de la misión encomendada, Jesús sintió la necesidad y urgencia de llamar personas que fueran los colaboradores y continuadores a lo largo de la historia y lo ancho de la geografía del mundo. Y llamando a sus doce discípulos... los envió, después de haberles dado estas instrucciones: "id proclamando que el Reino de los cielos está cerca. Sanad a los enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, expulsad demonios. De gracia lo recibisteis, dadlo de gracia" (Mt 10, 1.5.7; Lc 9, 2). De igual manera llamó a los setenta y dos confiándoles la misión de "curar a los enfermos y decir: "el Reino está cerca de vosotros" (Lc 10, 9; Nm 11, 24-30).

612 La relación que se establece entre Jesús - Maestro, evangelizador del Reino, y los que él llama se define en términos de *discipulado* y de *seguimiento*. A quienes llama los hace *discípulos suyos* y los invita a *seguirlo* formando una comunidad educativa y educadora.

Exploremos el significado teológico y pedagógico que tienen estos términos, para comprender todo el alcance que tienen dentro del proyecto educativo de Jesús.

### **Sentido Bíblico de estos términos**

El sustantivo "seguimiento" no existe en la Biblia. Pero tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento recurre con frecuencia el verbo "seguir" (en griego *ἀκολουθέω*). El Antiguo Testamento conoce la expresión "seguir a Yahvéh" (cfr. 1R 18, 21 puesta como alternativa de "seguir a Baal"; Jr 2, 2), a la mucho más frecuente de "irse tras otros dioses" (Jc 2, 12; Dt 4, 3; Jr 11, 10). Tal vez la última expresión hace alusión a la costumbre pagana de ir en la procesión detrás del ídolo.

El seguimiento aplicado a Yahvéh en estos textos indica el reconocimiento de su soberanía, la obediencia, la aceptación de sus mandatos y dependencia de Él, pero no indica el sentido de imitación y participación en la acción.

El término adquiere una coloración más concreta cuando se quiere indicar la relación con el enviado de Yahvéh, el profeta, donde nace la relación de maestro-discípulo: como Josué es discípulo de Moisés (Nm 11, 28), o entre Elías y Eliseo (1R 19, 19-21), y el de "los hijos de los profetas" (2R 2, 3; 4, 38).

### **El discipulado y el seguimiento en el uso del Nuevo Testamento**

En el Nuevo Testamento aparece 90 veces el verbo seguir y 35 "ir detrás de". La expresión es típica, casi exclusiva de los Evangelios y su contexto son predominantemente los relatos vocacionales y las exigencias radicales de las mismas.

Correlativo al seguimiento está el término discípulo (*μαθητής*) que recurre 262 veces en el NT de los cuales 225 se refieren claramente a la escucha del Jesús como Maestro.

Salta a la vista el hecho de que los términos del discipulado y el seguimiento escasamente se encuentran fuera de los Evangelios,

lo cual indicaría su carácter original y la dificultad para asumirlos en las circunstancias posteriores.

La expresión “seguir” o “ir detrás de” tiene en el NT varias acepciones y usos distintos:

- \* En ocasiones se refiere a un puro *seguir físico*, a Jesús (Mt 8, 10; 9, 19; 21, 90) o a otra persona (Mc 14, 13). En estos textos se refleja claramente la itinerancia de Jesús.
- \* Pero en la mayoría de las circunstancias (50 de la 90) el verbo “seguir” tiene un sentido más profundo aunando el seguimiento físico a la vinculación personal y espiritual: el que sigue a Jesús lo acompaña permanentemente, se adhiere a su causa y participa de su destino (cfr. Mt 10, 38; 16, 24; Mc 34; Lc 14, 27; Jn 12, 26).
- \* Finalmente, unos pocos textos usan el verbo “seguir” en un sentido predominantemente simbólico, perdiendo el sentido originario de la itinerancia, para señalar la actitud espiritual y moral del cristiano (Mc 3, 7; 10, 52). El cuarto Evangelio identifica seguir con creer (cfr. Jn 1, 35-51).
- \* En un sentido muy parecido a éste lo encontramos en los Hechos de los Apóstoles en donde se utiliza el término “seguir el camino”, o de “los seguidores del camino”: Jesús es presentado en el Evangelio de San Juan como “El camino” (14, 6) y los Hechos llaman a los que creen en El con el apelativo de “los seguidores del camino” (9, 2; 18, 25.26; 19, 9.23; 22, 4; 24, 14.22) (cfr. la nota de la Biblia de Jerusalén al pasaje 9, 2).

#### **4.1. El discipulado y el seguimiento: Centro de la experiencia e identidad cristianas**

Para nosotros los cristianos y para las comunidades cristianas la principal tarea, y al mismo tiempo desafío teórico-práctico, consiste en comprender y vivir correctamente nuestra relación con Cristo, de quien recibimos el nombre. También puede llegar a ser un problema si se tienen en cuenta las dificultades que se han presentado

a lo largo de la historia para establecer correctamente dicha relación y que con frecuencia se ha desvirtuado o falsificado.

La historia del cristianismo ha conocido la tensión entre fidelidad a Cristo, como también las innumerables tentaciones de adulterado y desvirtuarlo.

La manera más segura y auténtica para establecer esta relación fundante, es acceder directamente a los Evangelios que para nosotros son la *norma normans, non normata*, nuestra *Cbarta Magna*.

Siguiendo el hilo conductor que hasta ahora estamos llevando, y la óptica pedagógica que para nosotros es el punto de mira y clave de la lectura de los Evangelios, aparece con una evidencia deslumbrante que en ellos, como origen y fundamento de toda vida cristiana, se encuentra la invitación y exigencia de Jesús a seguirlo.

El "seguimiento de Jesús" se convierte, entonces, en la definición y compendio de la vida cristiana, porque expresa quién es Jesús y la manera de acceder y relacionarse con Él. Tiene la virtud de resumir la totalidad del ser cristiano y de realizarlo desde lo concreto. Tiene el carácter de norma y también de ánimo para su realización, de exigencia por lo costoso y de gozo por haber encontrado "la perla preciosa" y el "tesoro escondido" (Mt 13, 44-46).

Por eso, si en este momento queremos definir desde la perspectiva pedagógica, la identidad cristiana y la experiencia fundante de la relación con Jesús, tendremos que hacerlo necesariamente desde el discipulado y el seguimiento. Y el único camino es el de la aproximación directa al testimonio de los Evangelios.

¿En qué consiste entonces el *discipulado y el seguimiento* de Jesús, objetivo de toda acción educativa inspirada en el Evangelio del Reino?

## 4.2. Discípulos y seguidores de Jesús

Jesús anunció e inició la cercanía, la irrupción y presencia del Reino de Dios y exigió la conversión, la fe y la práctica del amor

como modo de acoger y acceder a ese Reino. Con ello llevó al cumplimiento todas las promesas, expectativas y exigencias del Antiguo Testamento.

Pero la exigencia más específicamente suya, la más radical, es la de ponerse en su seguimiento. Con ello se dio inicio a la vida cristiana.

**a. El seguimiento nace de un llamamiento por parte de Jesús**

Es un hecho histórico seguro que Jesús llamó a varias personas a seguirle en comunidad de vida, misión y destino. Todos los Evangelios relatan que Jesús, al comienzo de su actividad pública, llamó a diferentes personas, para que fueran sus discípulos y lo siguiesen: "venid conmigo" (Mc 1, 7 y par), con una invitación explícita: "sígueme" (Mc 2, 14 y par). Este modo de llamar sólo es comparable con la llamada que Dios mismo hace.

El seguimiento está siempre vinculado en sus orígenes a una vocación. Así nos lo presentan los relatos de las diferentes llamadas de Jesús:

- Llamamiento a los discípulos: Mc 1, 16-20; Mt 4, 20-22; Jn 1, 37-38. 40. 43.
- Llamamiento a Leví: Mc 2, 13-14; Mt 9, 9; Lc 5, 27-28.
- Llamamiento de joven rico: Mc 10, 17-22; Mt 19, 16-22; Lc 18, 18-23.

En todos estos relatos vocacionales encontramos el mismo esquema, o si queremos decir mejor, la misma dinámica:

- *Jesús pasa, va de camino.*
- Se produce un *encuentro*. Los dos discípulos de Juan lo siguen, y Jesús al verlos, les pregunta: "¿Qué buscáis?". Se produce un encuentro que en el fondo tiene una actitud de búsqueda. Es seguro que en los tiempos de Jesús era la espera de la irrupción de los tiempos mesiánicos. (Lc 3, 15).
- Jesús *ve* a alguien. La mirada de Jesús.
- Se indica la actividad o profesión de quien es llamado.
- Jesús lo *llama a seguirlo*.

- Quien es llamado *lo deja todo*: familia, profesión, trabajo, bienes.
- Y se pone en el seguimiento de Jesús.

También reiteradamente los evangelistas dicen que una gran multitud "seguía a Jesús". Ciertamente esta expresión no es simplemente circunstancial o geográfica, sino una afirmación teológica. Seguir es mantener una relación de *cercanía* con Jesús, gracias a la actividad de *ponerse en movimiento*.

Cercanía: "El que quiera venirse conmigo... que me siga!" (Mt 16, 24).

Movimiento: ir a donde El vaya.

Jesús pasa... ve a Leví. Este se levanta... Va detrás de Jesús; produciéndose una total desinstalación.

El seguimiento de Jesús es de cercanía a El y de movimiento, de caminar con El. Jesús siempre va de paso... hacia adelante; está en camino que culmina en la Pascua.

Los Evangelios siempre presentan a Jesús en camino: (Mt 20.17.30; 21, 8.19; Mc 2, 23; 8, 27; 9, 33-34; 10, 17.32.46.52; 11, 8; Lc 9, 56; 18, 35; 19, 36; 24, 32.35; Jn 4, 6).

En esto el grupo de seguidores de Jesús se distancia radicalmente de la praxis corriente del rabinismo. Aquí era el discípulo el que seguía al maestro. Según la tradición evangélica, que en esto sigue muy de cerca de la de Elías-Eliseo (cfr. 1R 19, 1021), la iniciativa parte de Jesús y no del discípulo; el cuarto evangelista lo resume en la conocida frase: "No me habéis vosotros elegido a mí, sino que yo os he elegido a vosotros" (Jn 15, 16).

Incluso en aquellos casos en que alguien por iniciativa propia solicita unirse al séquito de Jesús, éste le hace notar su plena soberanía, que manifiesta rechazando la propuesta (cfr. Mc 5, 18), o negándose a admitir cualquier tipo de reserva o condición del aspirante (cfr Lc 9, 61).

**b. Seguir a Jesús supone reconocerlo como el Maestro, el Cristo y el Señor**

Las circunstancias que acompañan la decisión de seguir a Jesús, dejando inmediatamente todo, nos sugiere que una determinación tan seria de ruptura radical con la situación sociológica anterior, como pérdida de la seguridad cotidiana, sólo puede darse a partir de una poderosísima motivación, desde el hallazgo de algo que subjetivamente vale más que todo lo que se abandona.

Ciertamente los episodios evangélicos de las vocaciones a los discípulos deben ser una simplificación de lo acaecido, precisamente para destacar la radicalidad de la invitación y de la decisión, pues no es concebible que alguno se vaya con un desconocido por el simple hecho de que le invite a ir en su compañía. Debe haber habido un tiempo de encuentro, de búsqueda, de pasar un período con Jesús (Jn 1, 39), de "ir y ver dónde vivía".

Lo que sí es claro es que Jesús no les ofreció ventajas materiales y terrenas. Por el contrario, renuncias y hasta la cruz. Jesús, más que ofrecerles cosas, los invita a dejar y a sustituir los normales afanes cotidianos por la confianza y abandono en las manos del Padre (cfr. 6, 25-34). Lo que sí es cierto es que sólo la irradiante y fascinante persona de Jesús, su atractivo y autoridad es lo que justifica el seguimiento a su llamado, lo que da valentía a los discípulos para realizar la primera ruptura y la seguirá dando para hacer frente a las futuras tentaciones de abandono en los momentos difíciles.

El encuentro de Jesús con aquellos a quienes dirigió su llamamiento a seguirle, debió estar acompañado, por parte de éstos, de un *re-conocimiento*, en la persona de Jesús, de aquello que respondía a sus más profundas aspiraciones en la búsqueda de sentido de sus vidas. Nadie sigue a alguien sin motivos. Los apóstoles siguieron a Jesús porque Él los llamó, pero también porque ellos reconocieron en Él el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn 1, 29-37), al Mesías, el Cristo (Jn 1, 41), al Maestro (Jn 1, 38); a aquel de quien escribieron Moisés en la ley y los profetas (Jn 1, 45), al Hijo de Dios, al Rey de Israel (Jn 1, 49). Ante Jesús, Pedro exclama, antes de seguirle: "Señor, apártate de mí que soy un pecador" (Lc 5, 8).

Para los creyentes que se acercaron a Jesús reconocieron en él el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14, 6), la Puerta (Jn 10, 7); la Luz (Jn 8, 12), el Buen Pastor (Jn 10, 11.14), el Pan de vida (Jn 6), la Resurrección y la Vida (Jn 11, 25), la Palabra encarnada (Jn 1, 14), el Cristo, el Hijo de Dios vivo (Mt 16, 16), el Hijo del Padre (Jn 5, 19-23; 26-27.36-37. 43), el que existe antes que Abraham (Jn 9, 58), el Señor resucitado (Jn 20-21), Juez de vivos y muertos (Mt 25, 31-45), el principio y el Fin, el que es, el que era y el que ha de venir, el Señor del Universo (Ap 1, 8).

Los discípulos no siguieron de esa manera tan radical como lo hicieron, a un cualquiera, sino al Señor, de quien parte la iniciativa a que lo sigan. El es quien siempre llama y nos dice a cada uno de nosotros "Sígueme". El llamado viene de El a través de la voz interior, del testimonio de las comunidades cristianas, del Encuentro con El en las Escrituras, en las necesidades de los hermanos, a través de los acontecimientos de la historia.

La fe del discípulo es un encuentro con Jesús, la escucha, su llamado a seguirlo, y a su vez el reconocimiento como el Señor, el Cristo, el único soberano de nuestras vidas y de la historia.

Es esta *fe-re-conocimiento* la que motiva al discípulo a exclamar en los momentos de mayor tentación y duda ante el desafío de Jesús: "¿También vosotros queréis marcharos?", respondiendo: "Señor, ¿dónde quíen vamos a ir? ¡Tú tienes palabras de vida eterna! (Jn 6, 67-68). Pablo llegó a considerar todo como basura en comparación de haber conocido y poder seguir a Cristo (Fl 3, 7-21).

### **c. Relación y vinculación con la persona de Jesús**

Elemento central y característico del seguimiento y discipulado es la relación y vínculo con la persona de Jesús, pues en otros casos de discipulado, por ejemplo en el rabinismo, el centro no es la persona, sino la tarea y el aprendizaje de la ley.

De la centralidad de la relación con la persona de Jesús se pueden evidenciar los equívocos o insuficientes definiciones del cristianismo.

La pregunta capital es esta: en definitiva ¿qué es ser cristiano? Con Víctor Codina<sup>4</sup> debemos decir que ser cristiano:

- No es simplemente hacer el bien y evitar el mal.
- No es simplemente creer en Dios.
- No consiste simplemente en practicar unos ritos determinados.
- No se limita a aceptar una doctrina o unas verdades de fe
- No se identifica con seguir una tradición que se mantiene a lo largo de los siglos.
- No es de ninguna manera confiar en unos objetos y aferrarse a ellos.

Todos estos elementos por sí solos y tomados aisladamente, distorsionan el verdadero ser cristiano, aunque pueden ocupar un puesto también en el cristianismo. Sin embargo, falta lo fundamental. El ser cristiano se define por *la relación absoluta a la persona de Jesús y a su seguimiento*.

Aún reconociendo el carácter de relación entre Maestro-discípulo, el discípulo de Jesús nunca lo habrá aprendido todo de El, nunca se habrá convertido en un maestro que pueda independizarse (cfr. Mt 23, 9), será siempre un discípulo un aprendiz con relación a su único Maestro e instructor, Jesús. En el centro de la relación no está la doctrina, sino la persona de Jesús, el seguidor se adhiere a su causa y a su misión, con la cual queda también constituido en evangelizador del Reino y mensajero de la paz mesiánica (cfr. Lc 10, 5; Mt 10, 12).

Algo característico de esta vinculación es su exclusividad: al lado de Jesús no cabe otro Maestro. El discípulo del Rabino, en función del aprendizaje de la ley, podía cambiar de maestro o compatibilizar a varios simultáneamente; era incluso algo recomendable. En cambio a los seguidores de Jesús se les enseñará: Uno solo es vuestro maestro (...) uno solo es vuestro preceptor (Mt 23, 8.10). Y esta incompatibilidad se extenderá no sólo en relación con otras

<sup>4</sup> *Qué significa ser cristiano hoy en América Latina*. Servicio Catequístico Salesiano, Documentos de Trabajo n. 2 Bogotá, 1992, pp. 36-37.

personas, sino con todo otro vínculo o valor, incluida la propia vida (cfr. Lc 24, 26; Mt 10, 37 ss).

Finalmente hay que notar que esta vinculación incondicional se prolonga hasta la pasión y muerte y más allá de éstas. (Lc 14, 27). "El que no lleve su cruz y venga en pos de mí no puede ser mi discípulo". (Lc 9, 23-26).

**d. El seguimiento de Jesús exige una decisión y una opción que implica un cambio radical de la mente-el corazón-la vida y el actuar. El discipulado y el seguimiento están marcados por la ruptura**

El adherirse a Jesús y ser su discípulo implica para sus seguidores adoptar el estilo de vida del maestro con todo lo que ello pueda tener de sociológicamente excéntrico. Significa dejar toda seguridad y apego y aún reconocimiento. En efecto, Jesús "no tiene donde reclinar su cabeza" (Lc 9, 58); sus parientes piensan "que está fuera de sí"; El mismo es consciente que no trae al mundo paz sino disensión (cfr. Lc 12, 51).

Igualmente sus seguidores rompen con la propia familia y con la profesión anterior (Mc 1, 16 ss; 2, 14). No es extraño que cuando pasen otra vez por su casa y por su pueblo, no sean bien recibidos y tengan la amarga experiencia de que "un profeta sólo en su tierra, entre sus parientes y en su casa carece de prestigio" (Mc 6, 4), quedan pues expuestos al menosprecio y rechazo de compaisanos y parientes. Abandonan también posesiones y la estabilidad, emprendiendo una vida de itinerancia y desarraigo "dejando la casa" (Mc 10, 29) confiados en el Padre que se preocupa de los pájaros y de los lirios (cfr. Mt 5, 39), y lo que es más grave, la libertad de Jesús frente a las prescripciones legales los hace incurrir en la impureza legal, en la "infidelidad religiosa", en la "excomuni6n" y condena por parte de las autoridades, de modo que quedan como "malditos que no practican la ley" (Jn 7, 49); En otras palabras, el seguimiento los lleva a perder incluso la seguridad religiosa, pues Jesús les enseña a transgredir normas elementales de piedad (cfr. Lc 9, 59), a saltar el precepto sabático (cfr. Mc 2, 24) y a convivir con los catalogados como pecadores (cfr. Mc 2, 15).

Pero particularmente el seguimiento de Jesús lleva a sus discípulos a romper con la mentalidad y manera de comprender y realizar la vida.

El discípulo debe romper todo vínculo con la riqueza injusta, egoísta y excluyente, para asumir como alternativa el compartir los bienes para que todos tengan una vida digna.

Quien quiere ser discípulo suyo debe enfrentarse a los poderes dominadores y asumir una actitud de servicio a la comunidad y de entrega generosa de la vida para el bien común.

El discípulo debe enfrentarse a las estructuras de privilegio tanto económicas, políticas, sociales y étnicas como religiosas y culturales, para contraponer el valor de la persona humana, de todas y cada una en cuanto hijos e hijas de Dios y hermanos y hermanas en Jesucristo.

Pérdidas de seguridades materiales, desintegración familiar y social, de "sensatez", de prestigio, de derechos y aún de la supuesta fidelidad religiosa anterior, deben ser vividas por ellos como un verdadero "extrañamiento", tan radical que hay que contar seguramente con la persecución y el martirio, estando dispuestos a "negarse a sí mismos" y "perder la propia vida" (cfr. Mc 8, 35; Lc 14, 26).

La llamada de Jesús y la fascinación de su persona, ha situado al discípulo en un mundo nuevo, los ha sometido a un proceso de muerte-resurrección, en el cual, sin embargo, el dolor y todas las rupturas quedan ampliamente compensadas por la dicha de haber encontrado el "tesoro escondido" (Mt 13, 44-46).

**e. *Seguir a Jesús conlleva a entrar a formar parte de su comunidad***

Jesús, aunque llamó a los discípulos personalmente, uno a uno, a su seguimiento, formó con ellos un grupo, los doce, a los que luego se agregaron hombres y mujeres hasta constituir una comunidad: la comunidad de Jesús (Lc 8, 1-3 ).

Este modo de actuar de Jesús no es casual, sino que corresponde al plan de Dios de formar un pueblo, a lo largo de la historia,

para que fuese semilla, fermento y primicia del Reino de Dios (*Lumen Gentium* 9). El pueblo de Israel en el Antiguo Testamento, elegido y formado lentamente por Yahvéh, desde Abraham hasta María, era figura y semilla del Nuevo Pueblo de Dios que Jesús preparó y que nació por obra del Espíritu en Pentecostés (Hch 2). Testigo de ellos es la elección de los 12 Apóstoles como continuidad de las doce tribus que conformaban el Pueblo de Israel, heredero de las promesas.

Si el seguimiento de Jesús lleva consigo la inserción en un grupo, sin embargo, a cuanto testimonia el Nuevo Testamento, tenía una fisionomía y problemática muy peculiares.

El principal problema consistía en el enorme desfase existente entre el componente humano de los integrantes del grupo y el ideal de comunidad propuesto por Jesús. El grupo de los llamados era heterogéneo en extremo: pescadores de Galilea, un publicano, un colaborador con la potencia ocupante, algunos celotas o guerrilleros independentistas, etc.. Y dentro de esa heterogeneidad parece que Jesús no buscó lo mejor de cada casa: unos por escasa formación, otros por fanatismo político, otros por un pasado vergonzante y despreciable. El conjunto de ellos no era ciertamente lo más ideal para formar una comunidad alternativa al mundo en que vivían.

A pesar de todo, con ellos se propone Jesús formar un grupo de contraste, una comunidad verdaderamente alternativa, a la experiencia social cotidiana; ellos serán hermanos y hermanas, hijos e hijas de un mismo Padre (cfr. Mt 23, 8), los que no intentarán explotarse mutuamente, sino servirse (cfr. Mc 10, 42 ss) y con espíritu de generosa gratuidad (cfr. Mt 5, 46), los que con el repetido perdón, reharán la fraternidad cuantas veces haya sido lesionada y acogerán al hermano automarginado (Mt 18, 15...21), los que no descalificarán al prójimo ni siquiera con un pensamiento menos benévolo (cfr. Mt 7, 1-5). Demasiada pretensión la del Maestro, con un grupo con tantas limitaciones. Pero El contaba con la acción creadora y transformadora de Espíritu.

**f. Seguir a Jesús significa aceptar su proyecto y pro-seguir su misión**

El camino de Jesús y su llamado al seguimiento no se entienden al margen de su causa y de su proyecto: "subió al monte y

623

llamó a los que él quiso; y vinieron donde él. Instituyó doce, para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar" (Mc 3, 13).

Jesús tiene un proyecto, una misión, una causa: anunciar y realizar el Reino de Dios (Mc 1, 15). Esta es la motivación y el motor de su vida, la razón de sus actividades y gestos históricos. Jesús vive existencialmente cautivado por el Reino. Proclamar la Buena noticia de la irrupción del Reino, hacerlo presente y comunicarlo, es la misión que da sentido y unidad a su vida. Por el Reino Jesús vive y se desvive. La causa del Reino y su justicia es tan apasionante y tan absorbente, que todo lo demás queda relativizado, es provisional.

El Reino de Dios, como la causa del Dios del Reino, es la razón de ser del radicalismo de Jesús de Nazaret. Constituye el marco y el centro de su vida y de su camino. Jesús lo deja todo, y pide a sus discípulos dejarlo todo para poner su vida a servicio de la revolución de Dios que está irrumpiendo ya.

Pero la causa de Dios es la causa de los pobres y oprimidos, que Dios asume como propia: es la causa de la justicia y de la vida. La liberación largamente esperada llega ya, está presente con la persona de Jesús, a través de los signos de amor, de misericordia y resurrección que Él realiza.

Este es el plan que el Padre le ha confiado, regenerar la humanidad, formar una nueva humanidad, una gran familia de hijos e hijas y de hermanos y hermanas, los cielos nuevos y la tierra nueva en donde habite la justicia (Is 65, 17-25; 2 P 3, 13).

Esta es la gran utopía de Dios, el auténtico paraíso descrito simbólicamente en el Génesis (1-2), cuando y donde la humanidad vivirá reconciliada y en comunión con la naturaleza, entre sí y con Dios.

El Padre Nuestro no es sólo un fórmula para orar, sino un compendio del programa de Jesús, el Reino del Padre, el cumplimiento de su voluntad, un mundo donde haya pan y perdón, liberado de todo mal y victorioso sobre toda tentación. En ello Dios es glorificado, pues la gloria de Dios, en el decir de San Ireneo, es la vida en plenitud de toda la humanidad.

Si Jesús se siente enviado por el Padre para iniciar la gran liberación del Reino, el llamado que Él hace a su seguimiento, no puede entenderse fuera de aquello que constituye la razón y el sentido de su vida y de su actuar: la irrupción del Reino de Dios en la historia y la transformación del mundo en el comienzo y signo del Reinado de Dios.

Seguir a Jesús hoy y aquí es *per-seguir la utopía de Jesús* como el propio proyecto de vida personal y comunitario: vivir cautivados por el Reino; es *pro-seguir su misión*, poniéndose incondicionalmente al servicio del Reino, anunciar y realizar la Buena Noticia de la liberación en medio de las múltiples formas de opresión, construir la solidaridad en contravía de la dinámica de exclusión. Seguir a Jesús es colocar con él en la misión de hacer ya presente el reino de la vida en medio de mundo generador de muerte; el reino de la comunión en medio de las divisiones y opresiones. Seguir a Jesús es optar por su proyecto y por los primeros y principales destinatarios y protagonistas, los empobrecidos. Seguir a Jesús hoy y aquí es *con-seguir su ideal* día a día, paso a paso, esfuerzo tras esfuerzo con los signos y obras como los de Jesús, que lo van haciendo presente como signo y como primicia desde aquí, desde ahora. El *seguimiento es utópico*.

La opción incondicional por Jesús lleva consigo la disponibilidad del discípulo para cuanto el maestro pueda pedirle de cooperación para realizar su misión: los llama que sean "pescadores de hombres" (Mt 4, 20) para enviarlos a predicar la Buena Nueva, para curar y finalmente les confía la propia misión: "Como el Padre me envió, así yo os envío a vosotros" (Jn 20, 21).

Compendiada así, la vida cristiana como seguimiento de Jesús y pro-seguimiento de su misión es *una práctica*, un hacer la voluntad de Dios y no sólo confesarle "Señor, Señor!". El cristiano debe, como Jesús, practicar el "nuevo mandamiento del amor", trabajar denodadamente para que, a pesar de todo y hasta contra todo, pueda ser posible la fraternidad y la comunión en la humanidad y entre todos los pueblos.

La práctica cristiana de la solidaridad, como nuevo nombre de la caridad, debe partir del "sintió compasión de la muchedumbre"

(Mt 9, 36), vista no como multitud de individualidades, sino como colectividades, como grupos sociales, que comparten la misma situación y tienen comunes intereses y esperanzas, como pueblos enteros que buscan y luchan por su dignidad y su liberación.

Las comunidades seguidoras de Jesús tienen que continuar haciendo hoy los "milagros" y las "obras" de Jesús, defendiendo los derechos humanos y de los pueblos, de los niños y de los jóvenes, de las mujeres y de las etnias, de las grandes masas y de las minorías, defender la causa de la justicia como forma estructural de actuar el mandamiento de amor. Como Jesús seguir denunciando a los opresores, controvirtiendo con aquellos que marginan y excluyen; desenmascarando y exorcizando a los ídolos de la muerte: la riqueza, el poder y la preponderancia orgullosa. Sólo de esta manera se pro-seguirá la acción de Jesús, quien pasó haciendo el bien" (Hch 10, 38). El seguimiento debe ser el amor eficaz y liberador hacia millones de seres humanos que hoy son privados de su condición y figura humanas y de su vida.

El *seguimiento de Jesús es práctico*, teniendo siempre presente que el horizonte último de esa práctica es el Reino de Dios que se ofrece como Buena Noticia, como don y como invitación al compromiso.

**g. Seguir a Jesús es asumir y compartir su destino**

Pro-seguir la misión de Jesús y el compromiso por el advenimiento del Reino lleva a afrontar y asumir su mismo *destino*: el conflicto, la persecución y el martirio. Es la consecuencia y al mismo tiempo la verificación de la autenticidad del seguimiento. Esta era parte de la Bienaventuranzas proclamadas por Jesús:

*Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos.*

*Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa.*

*Alegráos y regocijáos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos, que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros (Mt 5, 10-12).*

“Ay de vosotros cuando los hombres hablen bien de vosotros, porque de esa manera trataron sus padres a los falsos profetas” (Lc 6, 26).

Monseñor Romero, haciendo eco a las palabras de Jesús y a su ayes, decía en su homilía del 11 de marzo de 1979: “Una iglesia que no sufre persecución, sino que está disfrutando de privilegios y el apoyo de la tierra, esa Iglesia ¡tenga miedo!”

Si Jesús, el Maestro, fue perseguido y condenado a muerte en la cruz, de igual manera sus discípulos tendrán el mismo destino:

*El siervo no es más que su señor,  
si a mí me han perseguido,  
también os perseguirán a vosotros (Lc 15, 20).*

Ya lo había advertido Jesús: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Lc 9, 23). La persecución asemeja a Jesús porque “completa lo que falta a su pasión” (Col 1, 24); a través de su entrega incondicional por la causa del Reino, el discípulo reproduce la entrega de Jesús que puede llegar hasta el mayor amor del que “da la vida por sus amigos” (Jn 15, 13).

Hay, pues, una relación directa entre el seguimiento a Jesús y la persecución y el martirio en la cruz:

- como consecuencia del compromiso liberador;
- como condena y castigo por parte de los poderosos;
- como el signo del mayor amor hasta la vida;
- como fuente de resurrección y de vida: por la cruz a la luz.

El seguimiento de Jesús es un compromiso que lleva al creyente a luchar por la vida, sobre todo de aquellos que son injustamente condenados a muerte por el hambre, la miseria, la violencia. Pero ese compromiso, en el seguimiento de Jesús, tiene un precio: dar la vida para que todos tengan vida y la tengan abundantemente.

Pero quien sigue a Jesús, prosiguiendo su causa y su misión, y quien asuma su destino de persecución y cruz, participa desde ya también de su resurrección.

Quien vive como resucitado en la historia, pasando de la muerte a la vida por el amor a los hermanos (1 Jn 3, 14), quien sigue a Jesús hasta el final, tiene la esperanza fundada de que con su resurrección Dios ha confirmado lo justo de la causa por la cual dio la vida, garantizando la victoria definitiva de la vida sobre la muerte, de la solidaridad sobre el odio, de la justicia sobre la opresión, del amor sobre la violencia y el egoísmo.

El *seguimiento a Jesús es pascual*: es una participación en su muerte y en su resurrección definitiva.

\*\*\*\*\*

A medida que nos acercamos a los Evangelios con la mirada y el corazón de educadores, iremos descubriendo de manera asombrosa cómo todo el actuar salvífico de Jesús, Evangelizador del Reino, es una acción educativa, tendiente a que se vaya realizando en cada uno de nosotros el proyecto de Dios.

La historia, nuestra atribulada historia, es el lugar pedagógico de Jesús, y Él es nuestro verdadero Maestro, Camino, Verdad y Vida.

Dirección del autor:

Carrera 5 No. 8-36

Tel: (57-1) 342.0972 / Fax: (57-1) 243.9510

Santa Fe de Bogotá, D.C.

Colombia